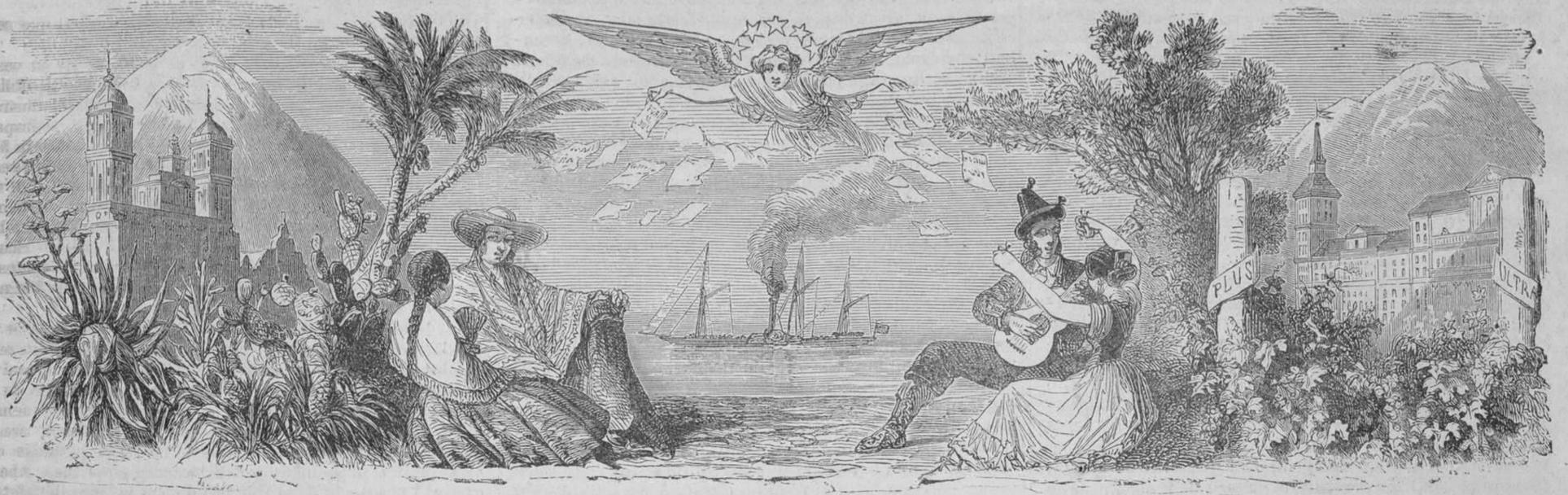


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en París.

AÑO 17. — N° 271.

SUMARIO.

Desembarco de elefantes en Calcuta; grabado. — Estudios históricos — Teatro imperial de la Opera; grabado. — Fiesta de caridad en Marsella; grabado. — Revista de París. — Gros son triunfos. — Melancolía. — Prazdnik sviatova crestchenia. Yordann; grabados. — La bruja de Biarritz. — Un recuerdo de amor. — Las galerías de San Huberto en Bruselas; grabados. — Eclipse de luna del 27 de febrero de 1858; grabado. — Una cruzada contra el traje femenino. — Boletín científico. — Las cacerías de tigres en la India; grabado. — La fiesta de Santa Epissoire en Tolon; grabado.

Desembarco de elefantes en Calcuta

PARA LOS TRASPORTES DEL EJÉRCITO INGLÉS EN LA INDIA.

Dos convoyes de elefantes, el uno de 20 y el otro de 50, procedentes de Burmah, fueron desembarcados en

Calcuta. — Damos un dibujo que representa la escena del desembarque.

Esos animales gigantescos fueron llevados á tierra en presencia de un gentío inmenso, del gobernador general lord Canning y de lady Canning. Ninguno de ellos se resistió á los hombres encargados de conducirlos; uno de ellos que fué soltado por inadvertencia, se fugó y no pudo ser cogido hasta el otro día á una distancia de mas de cuarenta millas de la ciudad.

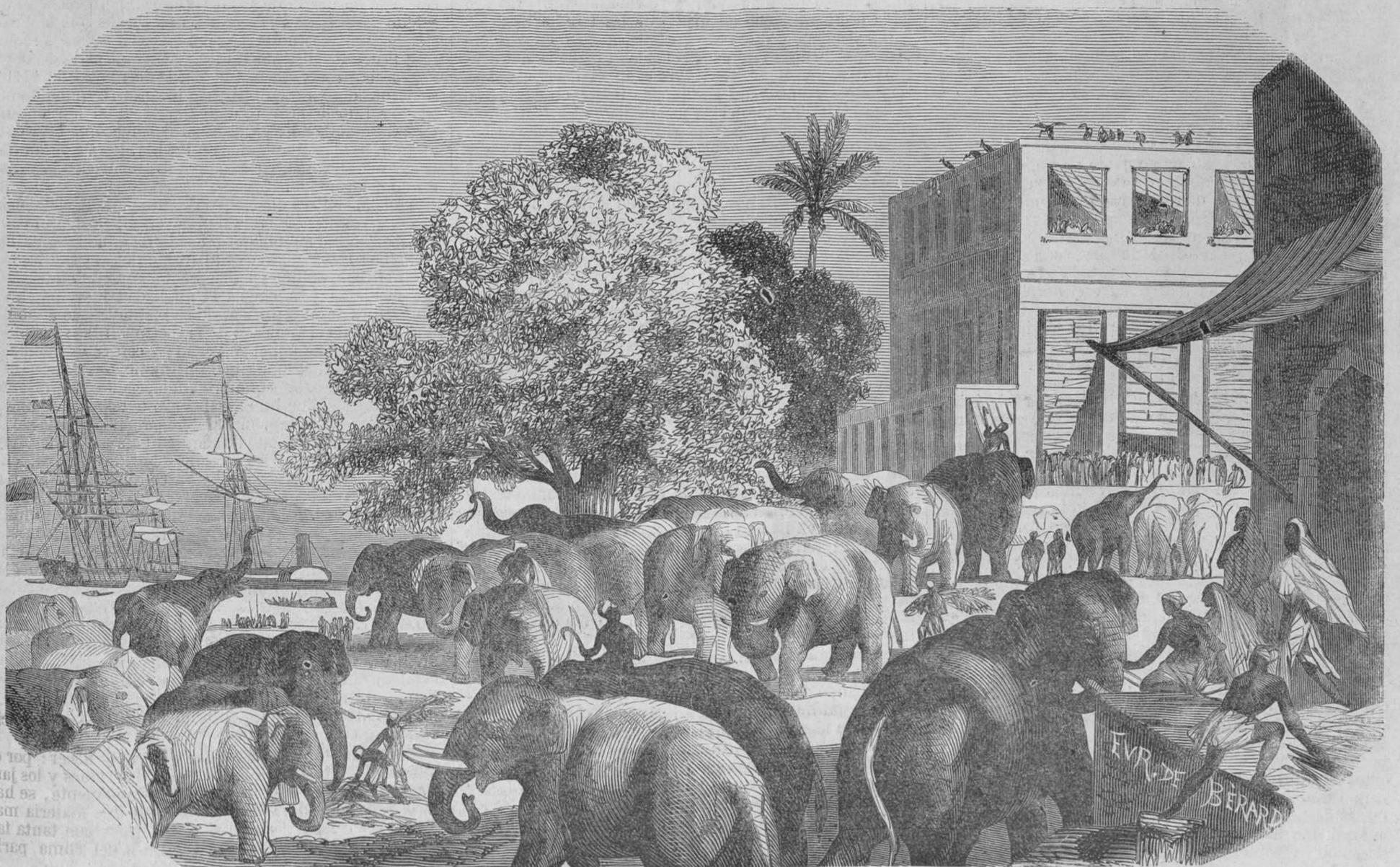
ESTUDIOS HISTÓRICOS.

VASCO NUÑEZ DE BALBOA.

Contábase el año de 1491, cuando en el puerto de Palos de Moguer un extranjero ilustre, á quien se había

cansado ya de mirar con ceño la fortuna, se daba á la vela el día 20 de agosto con tres pequeños barcos, cuya tripulación ascendía apenas á 140 hombres. Dos meses y ocho dias habian pasado desde este memorable acontecimiento, cuando Cristóbal Colon, que no era otro el mencionado extranjero, tuvo la gloria de ver coronados sus esfuerzos, satisfechas sus esperanzas y cumplidas las promesas que había hecho á Isabel la Católica. El descubrimiento de la isla de Guanachini, entre la Florida y Cuba, fué la radiante aurora de su inmortalidad y del acrecentamiento y nueva grandeza que estaba preparada á la nacion española.

Los siguientes viajes, verificados en 1493, 1498 y 1502, abrieron mas ancho campo al valor de los españoles; descubriendo nuevas y mas dilatadas comarcas y excitando el entusiasmo de no pocos hidalgos y plebeyos, que ansiosos de gloria y de riquezas, volaban al Nuevo



Un desembarco de elefantes en Calcuta.

Mundo para mostrar con la victoriosa punta de su espada sus inmensos tesoros, comprados en verdad á costa de prodigiosas fatigas y de inconcebibles trabajos. Rodrigo de Bastidas y despues Alonso de Ojeda, tan célebre por sus grandes proezas como por su desastrosa suerte, habian tratado, heredando el pensamiento del gran descubridor, de establecer colonias españolas en la parte litoral de Tierra Firme. Diego de Nicuesa habia recibido tambien autorizacion del rey Católico para llevar á cabo empresa semejante. Ojeda tenia por límites de la jurisdiccion desde el cabo de Vela hasta el centro del golfo de Urabá: Nicuesa abrazaba desde este último punto hasta el cabo de Gracias-á-Dios. Las expediciones del primero, encaminadas á las tierras que baña el Darien, no tuvieron el éxito que Ojeda se prometia, fiado en su anterior fortuna: falta de provisiones, aquejado por los continuos rebatos de los indios, mas feroces en aquellos países que en los antes descubiertos, y abatido finalmente por las inclemencias de un clima á que sus soldados no podian fácilmente acostumbrarse, vióse reducido al último extremo en el pueblo de San Sebastian, que él habia fundado, siendo esta la segunda población erigida por los españoles en aquel vasto continente. No parecia tener Nicuesa suerte mas próspera en el descubrimiento y conquista de los países que se le habian encomendado. Errante por las costas de aquellas regiones, combatido por los vientos y asaltado por toda clase de infortunios, el poderoso tren con que salió de Santo Domingo habia desaparecido casi enteramente, habiendo sido víctimas el mayor número de sus compañeros de tan crueles vicisitudes.

Animaba á Alonso de Ojeda la esperanza de ser en breve socorrido por Martin Fernandez de Enciso, que se habia quedado en la Isla Española, para armar un navio y proveerle de hombres y bastimentos, á fin de seguirle y ayudarle. Pero en vano trataba de esforzar el ánimo de sus desfallecidos soldados: el navio del letrado Enciso no acababa de llegar; los apuros y las hambres crecian; relajábase la disciplina, y todo amenazaba, en fin, en San Sebastian los mayores desastres, cuando Alonso de Ojeda determinóse, con acuerdo de sus subordinados, á partir él mismo en busca de tan ansiado socorro. Ofrecióles, al separarse de los suyos, que volveria en el término de cincuenta dias, pasados los cuales los dejaba en entera libertad de abandonar la colonia: y nombró para que los gobernase durante su ausencia á Francisco de Pizarro, conquistador mas tarde del mas dilatado y floreciente imperio americano. Trascurrieron los cincuenta dias fijados por Ojeda, y este desafortunado capitán, que habia ido á buscar en otra parte su muerte, no parecia. Pizarro y los pocos castellanos que habian quedado á sus órdenes, abandonaron la población, no sin perecer muchos de ellos al separarse de aquellas enemigas costas, dirigiéndose á Cartagena. Pero al entrar en el puerto de esta nueva ciudad, encontraron con la nave de Enciso, quien por el nombramiento que alcanzaba de Ojeda, se entregó del mando de todas aquellas fuerzas, ordenando dar la vuelta á Urabá, lo cual no hubiera conseguido en manera alguna, á no haber usado de toda clase de promesas y lisonjas, y á haber sido menos numerosa la tripulacion de su navio y de un bergantin que le acompañaba. Deseaba mucho el licenciado Enciso probar fortuna, creyendo que seria tal vez mas feliz que su desgraciado amigo. Mas no tardó en sufrir los mas terribles desengaños.

Cuando este letrado se dió á la vela en la Isla Española para seguir á su malhadado compañero, habiase embarcado furtivamente en su navio un hombre, natural de Jerez de los Caballeros, de hidalguia condicion, de cumplida estatura, de robusta complexion y de agraciado semblante. Contaba entonces sobre treinta y cinco años de edad, y descubriase en su rostro varonil que las dotes de su alma no desdecian de las de su cuerpo: actividad, vigilancia, constancia á toda prueba, y un valor que rayaba en la temeridad ó el heroismo, estas eran las prendas que parecian adornarle. ¿Porqué pues se habia embarcado aquel hombre en el navio de Enciso secretamente, encerrándose en una pipa, como escriben unos historiadores, ó envolviéndose en una vela como dicen otros?...

Este hombre que habia en su juventud servido á don Pedro Porriocarreño, señor de Moguer; que mas tarde siguió á Rodriguez de Bastidas en sus expediciones y descubrimientos, y que moraba á la sazón en la Isla Española, se hallaba abrumado de deudas: arruinada su hacienda, no contaba con otros elementos para restaurarla que su fortuna; y aprovechando la ocasion de la salida de Enciso, no habia titubeado en pasar por la mayor afrenta para lograr el intento que deseaba. Acompañábale en su expedicion un lebrél llamado *Leoncico* (1), perro de grandes fuerzas y dotado de un instinto maravilloso, que fiel á su dueño no se apartaba de él un momento, obedeciendo sus órdenes con la rapidez del rayo, y siendo su mayor defensa. Al saber Enciso que contraviniera las órdenes del almirante se hallaba en su navio aquel hombre, no pudo menos de enfurecerse contra los que le habian acogido, dando al par orden de que se le abandonara en la primera isla desierta: sin embargo, los ruegos del desconocido y de sus protectores ablandaron al fin el ánimo del letrado, y el insolvente de la Española fué admitido en el número de los soldados de aquella expedicion tan importante como peligrosa.

Llegaron entre tanto al golfo de Urabá, y la desgraciada suerte que habia experimentado Ojeda comenzó á

afligir al letrado con nuevos desastres é infortunios. Dió su nave en un bajo, y rota en mil pedazos, apenas pudieron salvarse desnudos los hombres que en ella venian: los indios, ensañados con el pueblo y la fortaleza de San Sebastian, los habian reducido á cenizas; y convencidos de que el conocimiento del país les daba grandes ventajas sobre aquellos extranjeros, no perdonaban medio para hostilizarlos. — Faltos, pues, de punto de apoyo, fatigados por los continuos rebatos y acometimientos de los indios, escarmentados de las pasadas vicisitudes y aquejados de penosas enfermedades, deseaban los españoles dejar para siempre aquellas fatales costas, renunciando gustosos á toda idea de engrandecimiento. En medio de la consternacion general, que hacia enflaquecer y quebrantar la disciplina, Enciso carecia de consejo, y no osaba tomar una resolucion contraria á las pretensiones de sus soldados. Preparábanse estos ya para alejarse de aquellas tierras, cuando el prófugo de la Española, levantándose entre sus compañeros, les dijo estas palabras, que ha conservado felizmente la historia: «Yo me acuerdo, señores, que los años pasados, viniendo por estas costas con Rodrigo de Bastidas á descubrir, entramos en ese golfo, y á la parte de Occidente saltamos en tierra donde encontramos un gran río, y á su orilla opuesta vimos un pueblo asentado en tierra fresca y abundante, y habitado por gente que no ponía yerba en sus flechas.» Estas palabras pronunciadas en aquellos instantes de agustias, produjeron mágico efecto. Enciso animado por aquel hombre, saltó seguido de otros ciento, en los bergantines que no habian perecido, y se encaminó al lugar cuya descripcion habia causado tamaño cambio en los descubridores. — Poco tiempo pasó en efecto, y ya tenian ante su vista al pueblo mencionado; pero al saber los indios que se dirigian contra ellos, lo habian desalojado completamente, enviando sus mujeres é hijos á los vecinos montes, mientras se disponian á recibir con las armas á sus nuevos huéspedes.

Vivian aquellos moradores bajo el gobierno de un cacique, llamado Cemaco, el cual venia al frente de sus guerreros, que eran en número de quinientos. Enciso, á quien no se ocultaba que del éxito de aquella contienda dependia la suerte de los suyos, les obligó á jurar que pelearian hasta vencer ó morir, haciendo al par el voto de que si alcanzaba la deseada victoria, llamaria al pueblo con el nombre de Santa María de la Antigua. Vinieron, pues, á las manos con gran denuedo por una parte y otra; pero el valor de los españoles y el terrible efecto que producian las armas de fuego, los caballos y su manera de pelear, decidieron el combate, pasado el primer impetu de los indios, á favor de Enciso, habiendo manifestado en toda la refriega el insolvente de la Española un arrojo admirable. — Cayó, como consecuencia de esta victoria, en poder de los españoles el pueblo referido, apoderándose de multitud de preseas de oro fino, y de otros objetos preciosos, y haciendo considerable número de cautivos. Pero la alegría producida por tan próspero suceso, trocóse muy luego en amarga zozobra para el letrado Enciso: la intrepidez del aventurero á quien habia perdonado antes la vida, el cumplimiento de la promesa hecha en medio de las tribulaciones de San Sebastian, y otras circunstancias no menos notables habian hecho que los soldados españoles le mirasen como á su libertador, fijando en él todas sus brillantes esperanzas de conquista. Desde entonces fué visto el letrado con ojeriza por la mayor parte de aquellos nuevos pobladores, que esperaban solo una ocasion favorable para apartarse de su dominio. No tardó esta mucho tiempo: Enciso habia prohibido, con tan poco acuerdo como oportunidad, que contratasen sus subordinados con los indios, imponiendo pena de la vida al que contraviniese á esta orden. Los malcontentos consideraron esta conducta como abuso de una autoridad que tenian por ilegítima, pues que se hallaban fuera del término fijado á Ojeda para su gobierno; y declarándole como perjudicial á los intereses de la colonia, quitaron el mando al letrado, nombrando para sustituirle una especie de consejo, á cuya cabeza colocaron al insolvente de la Española.

¿Quién era pues aquel hombre que arrojado por las deudas de su hogar doméstico, pasaba por la afrenta de ser introducido en un barco dentro de una pipa ó de un rollo de estera; que salvaba despues de una perdida próxima á sus compatriotas, y que acababa en fin por apoderarse de sus voluntades y arrojar del mando al legítimo jefe?... Este hombre era Vasco Nuñez de Balboa, á quien preparaba la fortuna un renombre inmortal y la envidia una muerte desastrosa.

Al frente ya Balboa de la colonia de Nuestra Señora de la Antigua, solo pensó en promover las fuentes de la prosperidad con que aquel suelo brindaba á sus moradores; pero aun no habia puesto orden en las cosas del gobierno, ni se habian sossegado del todo los partidarios de Enciso, cuando se oyeron un dia en las vecinas costas repetidas descargas, distinguiéndose al par diferentes ahumadas. A estas señales respondieron los españoles con otras del mismo género, acercándose al poco tiempo á la colonia Diego Enriquez de Colmenares, el cual habia salido en busca de Diego de Nicuesa de la Isla Española, habiendo hasta entonces sido infructuosos todos sus esfuerzos para encontrarle. Traía Colmenares en dos navios bastimentos, armas y municiones de guerra, y desesperado ya de no poder ofrecer estos socorros á su jefe, se resolvió á repartirlos entre los habitantes de la Antigua, liberalidad que le ganó el general afecto, y le adquirió tanto prestigio, que se determinaron los de la villa á llamar á Nicuesa para que los gobernase en lugar del destronado Enciso. No agradaron

á Vasco Nuñez estas novedades, que se encaminaban á reducirle de nuevo á la simple esfera de soldado; mas disimulando por entonces sus intenciones, pareció asentir á lo resuelto por el cabildo, conviniendo en que saliesen en busca del citado Nicuesa para ofrecerle el gobierno de la Antigua, Diego de Albitez, Diego del Corral y el mismo Colmenares.

Hallábase reducido Nicuesa al último extremo en Nombre-de-Dios, restándole solo del poderoso ejército que sacó de la Española, sesenta hombres desalentados á fuerza de infortunios, cuando recibió el mensaje del Darien. — Las desgracias que agoviaron á aquel infeliz caudillo, habian tambien producido en su naturaleza un cambio bastante sensible. — Nicuesa antes de emprender tan miserables expediciones era jovial, abierto, prudente y generoso: — Colmenares le halló desabrido, temerario, cruel y desconfiado, llegando á tal punto su falta de prudencia, que aun no habia salido de Nombre-de-Dios, cuando ya prorumpia en amenazas contra los moradores de la Antigua; manifestando que los despojaría luego de las riquezas que sin consentimiento suyo habian adquirido en aquella comarca. — No oyeron los mensajeros con gusto semejantes fieros, y antes de que Nicuesa llegara al Darien hicieron de manera que se supiesen en la villa sus propósitos. — Tan inesperadas nuevas produjeron en los colonos una conmocion profunda, aumentada en breve por el vecor de Nicuesa, Juan de Caicedo, que no solamente les aseguró en sus justos temores, sino que los excitó á rechazar el yugo cruel que se les preparaba. — Diestro Balboa en explotar el entusiasmo de los españoles, creyó que era llegado el momento de lograr sus deseos. — Con la misma prudente y sagaz reserva que habia hasta entonces empleado, atizó el fuego que comenzaba á brotar, aconsejando á los mas alentados que no admitieran á Nicuesa en la villa, mientras prevenia á este en secreto que solo desembarcara en su presencia.

No bien llegó al Darien el imprudente don Diego cuando se presentaron en la playa todos los moradores de la Antigua para impedir que saltase en tierra, lanzando contra él grandes amenazas. El infeliz Nicuesa, que tantos golpes habia recibido ya de su adversa fortuna, aturdido por aquella contradiccion inesperada, y resuelto á no volver á Nombre-de-Dios, acudió entonces á los ruegos, no habiendo género de infortunio que no les recordase ni promesa que no les hiciese. — Pediales que le permitieran vivir en la villa, no ya como jefe y gobernador de aquellas regiones, sino como simple soldado, como el último colono, ofreciéndose á permanecer encerrado todo el tiempo que quisieran en las mas estrechas prisiones. Para certificarles de la sinceridad de sus palabras, olvidándose del aviso de Balboa y de la actitud amenazadora del pueblo todo, saltó al cabo en tierra, entregándose en poder de sus enemigos: apoderáronse estos de él é hicieronle de nuevo embarcarse en el bergantin mas endeble de aquella corta armada, acompañado solamente de 18 hombres que permanecieron fieles á su persona. — El triste Nicuesa agoviado por tan feroz desengaño, se hizo á la mar para buscar algun consuelo en medio de sus desgracias; pero nada se ha sabido despues de él, de la barca ni de sus compañeros, siendo probable que perecieron todos en aquellas regiones, teatro de sus infortunios.

Acacian estas escenas el dia 1º de marzo de 1511: solo quedaba ya á Balboa para levantarse con el dominio absoluto de la Antigua, exterminar al letrado Enciso, á quien las discordias referidas, mas que otra cosa alguna, habian mantenido en la villa. Para conseguirlo le hizo públicamente cargo de haber usurpado la jurisdiccion, formándole proceso y prendiéndole en su consecuencia. — Pero queriendo ostentar cierta clemencia con el que antes la habia tenido con él, púsole al cabo en libertad, no sin obligarle á salir de aquella comarca. — Balboa quedó entonces al frente de los negocios sin contradiccion alguna; pero á pesar de que habia logrado por la fuerza y la astucia la autoridad suprema entre los colonos de la Antigua, quiso justificar sus acciones haciendo que el gobierno de la metrópoli las sancionara, confiriéndole aquel gobierno; y con este objeto envió á España al alcalde Martin Zamudio. — Para hacerse digno de los honores que pretendia, pensó entre tanto en extender el dominio español por aquellas desconocidas regiones, y el regidor Valdivia pasó á la isla de Santo Domingo con el intento de adquirir el favor del tesorero Pasamonte y juntar los socorros de armas y bastimentos que Balboa necesitaba. — Vasco Nuñez que por tan tortuosos caminos se habia apoderado del mando, creyó que era llegada la hora de aspirar á otros mas gloriosos y legítimos títulos, para conquistar el aprecio de sus conciudadanos y el respeto de su posteridad. — Las empresas que acometió y llevó felizmente á cabo vinieron en efecto á justificar su ambicion, presentándose como uno de los héroes mas esclarecidos del Nuevo Mundo.

Libre ya de rivales, tanto en el mando de la colonia como en la voluntad de sus moradores, pensó Vasco Nuñez en llevar á cabo los proyectos de conquista que halagaban tanto su imaginacion, y que habian al mismo tiempo de satisfacer los deseos de sus subordinados y justificar todos sus actos anteriores. Eran los indios que vivian en aquellas regiones de condicion mas blanda y noble que los de las costas orientales, y obedecian á una especie de reyes ó caciques, los cuales ejercian sobre ellos autoridad omnimoda y absoluta. Sus dioses eran menos exigentes y crueles, rechazando todo sacrificio sangriento, y sus costumbres religiosas aparecian por tanto mas morigeradas y sobrias: pan, frutas y aromas eran las ofrendas que consagraban á sus divinidades, pudiendo decirse que todo se hallaba en aquella comar-

(1) Oviedo, *Historia general*, II parte, libro 29, cap. 3.

ca en armonía con la dulzura del clima. Sin embargo, cuanto hacia relacion con su vida doméstica presentaba un carácter distinto. « Los caciques y señores, dice un historiador contemporáneo, casaban con cuantas mujeres querian; y los demás solo con una. Para divorciarse no era necesario mas que la voluntad de entrambos ó la de un consorte solo, mayormente cuando la mujer era estéril, que entonces el marido la dejaba y á veces la vendia. La prostitucion no era infamia. » El respeto á la memoria de los difuntos los movia á creer en diversas supersticiones: en unas partes los criados y mujeres de los caciques se daban la muerte para servirlos en la otra vida: aquí los sentaban en una piedra y los tostaban hasta quedar solo la piel y los huesos, colgándolos despues al aire libre; y allí en fin les erigian una especie de túmulos, semejantes en cierto modo á los que mencionan los antiguos poetas del Asia y de América.

El estado de corrupcion de los indios, su carácter muelle aunque belicoso, el espíritu veleidoso que los animaba, unidos á la sed de gloria y riquezas de los españoles, á la constancia y valor inaudito desplegados en los peligros y á la confianza que parecian tener en el nuevo jefe, convencian á Balboa de que habian de tener colmado éxito sus empresas, activando en consecuencia cuanto á este fin se encaminaba. Uno de sus primeros cuidados fué entre tanto enviar dos bergantines en busca de los españoles que habia dejado Nicuesa en Nombre-de-Dios. A la vuelta al Darien de estos barcos habian descubierto en la costa de Coiba dos españoles, que avezados á los usos y costumbres del país, de resultas de las desgracias del referido caudillo, les informaron de la riqueza de aquellas tierras, tanto en oro como en los demás frutos, quedándose uno de ellos entre los indios y embarcándose el otro para informar con mayor exactitud de todo al gobernador Balboa. No se ocultó á este la oportunidad de dar principio á sus conquistas; y así agasajando á aquel español como el mas fiel intérprete, y mandando que se apercebiesen para la expedicion 130 hombres escogidos, y armados de instrumentos para abrirse paso por medio de los montes, se dió á la vela para Coiba. Llamábase el cacique de aquella comarca Careta, indio mas sagaz y astuto de lo que parecia convenir al estado de cultura de su pueblo: á la llegada de Balboa no manifestó pues inquietud alguna, y aunque se negó á prestarle toda clase de auxilios, dando por pretexto la guerra que sostenia con Ponca, otro cacique de aquel continente, le brindó con su amistad, no sin hacer alarde de las fuerzas con que contaba, las cuales ascendian hasta dos mil hombres de guerra. Disimuló Balboa; despidióse de Careta, y haciendo muestras de volverse á sus bergantines, revolvió sobre el ejército de los indios á media noche, cayó sobre el pueblo, y mandando y cautivando á cuantos encontraba, se apoderó del cacique, de su familia y de sus riquezas; y no sin hacerse dueño de cuantas provisiones habia en la poblacion, volvió á sus barcos y se dirigió al Darien. Asustado Careta y viendo cuán poco le valió su astucia, rogó al gobernador que le diese libertad, ofreciendo en cambio suministrar á la colonia abundantes bastimentos, á condicion de que le ayudase contra Ponca. Aceptó Balboa esta nueva ocasion de dilatar su dominio, y partieron los aliados á dar guerra al rebelde cacique, que sin osar esperarlos se refugió en los montes, dejando desiertos los pueblos en que sus súbditos moraban. Malgrado así la expedicion pensó Balboa obtener algun fruto de aquel movimiento, é instado por Panquiaco, cacique y vecino de Careta y señor de 10,000 vasallos, se dirigió á visitarle, deseoso de ganar un aliado tan poderoso. Grande fué la ostentacion que desplegó el indio para agasajar á los españoles: para mas honrar á sus huéspedes habia dispuesto que estuviese á su inmediato servicio su hijo mayor, jóven de bizarras prendas y muy despierto, el cual, notando un dia que se trababa una disputa bastante acalorada entre los soldados de Balboa al tiempo de pesar el oro, exclamó de esta manera: « ¿ Porqué reñir por tan poco? Si es tanta vuestra ansia de oro que por ella desamparais vuestra tierra y venis á inquietar las ajenas, provincia os mostraré yo donde podais á manos llenas contentar vuestro deseo. » Añadió el indio á estas palabras la descripcion de las ricas comarcas á que aludia; y encendidos los ánimos con el deseo de la gloria y de la riqueza, hubieran querido los españoles dirigirse al punto á ellas para avasallarlas; pero el hijo de Panquiaco les habia asegurado que necesitaban ser en mayor número para acometer aquella ardua empresa, y cuerdo Balboa, como siempre, determinó volverse al Darien, no sin el ardiente deseo de lograr las brillantes esperanzas que habia concebido.

A la llegada de los expedicionarios á la Antigua, halló Balboa á Valdivia, que habiendo desempeñado su comision en Santo Domingo, le traia grandes promesas del almirante y no escasos socorros de armas y bastimentos. Firme en el proyecto que habia formado al escuchar al hijo de Panquiaco, despachó de nuevo al expresado Valdivia, para que informase al almirante de las noticias que habia adquirido sobre el mar del Sur, acompañándole 13,000 pesos del quinto del rey, como muestra de la riqueza de las comarcas que habia pacificado, y manifestándole la resolucion de acometer en breve expedicion tan importante. Partió Valdivia con su embajada, y al poco tiempo aparejó y dispuso Vasco Nuñez la interpresa de los descubrimientos, no sin haber reconocido antes el golfo y rio del Darien, llamado por los historiadores con los nombres de Atrato y de San Juan indistintamente. Ciento setenta hombres y dos bergantines, uno de los cuales mandaba Colmenares, componian todo el armamento y ejército de Balboa. Contábase el año 1512; y despues de haber reconocido diferentes

brazos del Darien, y de contemplar las singulares poblaciones de la tribu *Abebeiba*, especie de nidos apoyados en multitud de palmeras á los cuales se subia por escalas; despues de dejar en Abenamaguey un presidio de 30 soldados para impedir que los indios se rebelasen, volvió á la Antigua á disponer definitivamente los aprestos para la expedicion que habia de inmortalizarle.

Un accidente imprevisto vino entre tanto á retardar por mas tiempo aquel célebre descubrimiento: los cinco caciques sometidos al imperio de Balboa, ya por el éxito de las armas, ya por el temor que le tenian, forjaron una especie de conspiracion, en la cual trataron con el mayor sigilo de reunir todas sus fuerzas y destruir la villa de la Antigua, dando muerte á todos los españoles. Tenia acaso Balboa consigo una india principal, á quien amaba con cierta predileccion por su extremada belleza: esta mujer, pagada de los halagos de tan esforzado guerrero, profesábase tambien un cariño sin límites; y sabedora por un hermano suyo de aquel terrible proyecto, no tardó en ponerlo en conocimiento del jefe de los españoles. Cinco mil guerreros y cien canoas, con otras abundantes provisiones de guerra, eran en concepto de los conjurados caciques, elementos suficientes para destruir aquel puñado de aventureros. Balboa se apoderó, para mas cerciorarse de la verdad, del hermano de la india, que era uno de los jefes del ejército enemigo, le puso en el tormento; y seguro ya de cuanto se intentaba, dispuso desbaratar con un golpe de mano la descubierta conjura. Sorprendidos los caciques en Tichiri, preso el caudillo y perdonada la muchedumbre, fueron aquellos ahorcados, aseteado el segundo y reducidos á esclavitud los soldados que componian aquel ejército.

Conjurada así la tormenta que tan crudamente habia amenazado á los moradores de la Antigua, fueron enviados á España nuevamente á dar cuenta del estado de la colonia, Juan de Caicedo y Rodrigo Enriquez de Colmenares, al mismo tiempo que aplacados algunos leves disturbios entre los españoles, recibia Balboa el título de gobernador que le enviaba el almirante, con 200 hombres al mando de Cristóbal Serrano. Con estos socorros, con las adversas noticias recibidas de la corte, y mas que todo aguijoneado por el insaciable deseo de la gloria, creyó Balboa que debia llevar á cabo su anhelado proyecto sobre el mar del Sur; y previniendo cuanto era necesario para la empresa, se dió á la vela en 1.º de setiembre de 1513 en un bergantin y diez canoas, á bordo de las cuales iban 190 hombres, mil indios de carga y algunos lebreles de pelea. Provisto de guias por los caciques sometidos á su dominio, vencidos algunos obstáculos, avasallados algunos régulos rebeldes y muertos otros, despues de 23 dias de una marcha penosa y difícil, atravesando unas veces ásperos bosques y fatigosos pantanos, escalando otras elevados montes, salvando otras en fin, hondos torrentes y dilatados rios, llegaron el 23 de setiembre al pié de una altura, que fué señalada por los guias indios como el punto desde donde el ansiado mar se divisaba. El caudillo de aquel puñado de valientes, lleno de gozo y de entusiasmo, mandóles entonces que le aguardaran al pié de la cima para tener el primero la gloria de saludar aquellos incógnitos mares. « Llegado á ella (escribe don Manuel José Quintana en sus *Espanoles ilustres*) lleva ansioso la vista al Mediodia; el mar austral se presenta á sus ojos: sobrecogido de gozo y maravilla cae de rodillas en tierra, tiende los brazos al mar, arrasados de lágrimas los ojos da gracias al cielo por haberle designado á aquel insigne descubrimiento. Hizo luego señal á sus compañeros para que subiesen, y mostrándoles el magnífico espectáculo que tenian delante, vuelve á arrojarse y á agradecer fervorosamente el beneficio. Lo mismo hicieron ellos, mientras que los indios atónitos no sabian á qué atribuir aquellas demostraciones de admiracion y de alegría. Anibal en la cima de los Alpes, enseñando á sus soldados los campos deliciosos de la Italia, no parecia, segun la ingeniosa comparacion de un escritor contemporáneo (1), ni mas exaltado ni mas arrogante que el caudillo español; puesto ya en pié, recobrando el uso de la palabra que el gozo le tenia embargada, y hablando así á sus castellanos: « Allí veis, amigos, el objeto de vuestros deseos y el premio de tantas fatigas. Ya teneis delante el mar que se nos anunció, y sin duda en él se encierran las riquezas inmensas que nos prometieron. Vosotros sois los primeros que habeis visto esas playas y esas ondas: vuestros son sus tesoros, vuestra sola es la gloria de reducir esas inmensas é ignoradas regiones al dominio de vuestro rey y á la luz de la religion verdadera. Sedme, pues, fieles como hasta aquí, y yo os prometo que nadie en el mundo os iguale en gloria ni en riquezas. » Todos alegres le abrazaron y todos prometieron seguirle hasta donde quisiese llevarlos. Cortan luego un árbol grande, y despojándole de sus ramas, forman de él una cruz que fijaron en túmulo de piedras sobre el mismo sitio en que se descubria el mar. Los nombres de los reyes de Castilla fueron grabados en los troncos de los árboles, y en medio de aplausos y gritos alborozados, descenden de la sierra y se encaminan á la playa. »

La pacificación de los caciques de aquellas comarcas que no pudieron dejar de alborotarse al aspecto de los españoles, fué uno de los principales cuidados de Balboa. Francisco de Pizarro, Juan de Ezcaray y Alonso Martin fueron enviados á descubrir los caminos que conducian con menor rodeo al ansiado piélago: el último, mas afortunado que sus compañeros, fué el primer español que pisó aquellas incógnitas playas, volviéndose

(1) Pedro Martínez, década 111, lib.

despues á Balboa para darle las noticias adquiridas. El espectáculo que presentó entonces aquel continente, no pudo ser mas bello ni causar sensacion mas grata en el pecho de los españoles. Balboa descendió á la playa con 20 hombres, y cuando el agua comenzaba á crecer, armado de todas armas, ostentando en su siniestra mano la bandera de Castilla y en la diestra la espada desnuda, se entró en el mar, cuyas ondas le cubrieron hasta las rodillas, pronunciando en tono solemne estas memorables palabras: « ¡ Vivan los altos y poderosos reyes de Castilla!... Yo en su nombre tomo posesion de estos mares y regiones; y si algun otro príncipe, sea cristiano, sea infiel, pretende á ellos algun derecho, yo estoy dispuesto á contradecirle y defenderlos. » Los gritos de regocijo y las aclamaciones mas sinceras fueron la respuesta dada por los soldados al juramento de su capitán: la posesion que tan extrañadamente se habia tomado, fué confirmada por testimonio del escribano Andrés de Valderrábano que formaba parte de aquel pequeño escuadron de héroes, recibiendo el sitio en que esto se verificaba el nombre de *Golfo de San Miguel*, por ser el dia de aquel santo.

Hechas otras demostraciones en señal de haber tomado posesion de aquellas comarcas, trató Balboa de reducir los caciques de las inmediaciones, derrotando á los que osaban oponérsele y agasajando á los que amigablemente le recibian. Entre los primeros se contaba Cuchera, indio que poseia gran numero de vasallos y era muy respetado de sus vecinos. Desbaratado el ejército de este régulo en el primer encuentro, se presentó al cabo á Balboa, trayéndole como presente gran número de perlas y no poca porcion de oro. Pero lo que llamó mas la atencion de los españoles fueron las perlas; y sabido que se criaban en abundancia en una de las próximas islas, se determinó el caudillo á pasar él mismo á reconocerla. El rigor de la estacion, la furia del mar embravecido con las tempestades, la fragilidad de las canoas de los indios y los muchos peñascos de que estaba el golfo sembrado, parecian ser otros tantos obstáculos al logro de aquella empresa. Balboa insistió en llevarla á cabo; saltó en las canoas con sesenta castellanos, y no bien habia comenzado á navegar, cuando se vieron todos amenazados de muerte. Para evitarla, se acogieron á una isleta: creció entre tanto el mar, cubrióse la tierra en que habian saltado y pasaron toda la noche con el agua á la cintura hallando á la mañana despedazadas las canoas que no habian podido resistir el golpe de las ondas. Con indecibles trabajos volvieron á tomar tierra, y hambrientos y desnudos escaparon de una empresa tan temeraria como poco meditada.

Tumaco, cacique de aquellas tierras, quiso en tanto impedir el paso á los españoles; pero vencido como todos los demás que habian tentado la fortuna de las armas, hubo de someterse á la suerte comun, presentando á los españoles, para ganar su gracia, gran número de perlas y no pequeña cantidad de oro, aumentando la contribucion de las primeras, á vista del placer que causaban, hasta doce marcos de ellas. Esta abundancia y el ver los castellanos incrustadas las cabezas de los remos de las canoas de gruesas balajas y de menudo aljofar, les hizo concebir las mas halagüeñas esperanzas, que no pudieron menos de aumentarse al saber por confesion de Chiapes y de Tumaco que existia en el mismo golfo la isla de Tre, en donde las perlas eran de un tamaño mas considerable y en muy crecido número. Diez y siete españoles á aquel sitio el nombre de Isla-Rica; y contentos con el brillante resultado de sus expediciones, se dirigieron de nuevo al Darien, no sin haber puesto á las tierras de Tumaco el título de provincia de San Lucas, recordando así el dia en que pisaron aquel desconocido territorio. Tal fué el término de aquel memorable reconocimiento, en donde el valor de nuestros abuelos, su constancia y su heroicidad rayaron al mas alto punto: Balboa y los suyos habian descubierto un nuevo mar, habian desplegado en ignoradas regiones las banderas triunfantes de Castilla, é introducido finalmente la antorcha de la civilizacion en medio de aquellos pueblos que rendian el homenaje de la admiracion á su indomable pujanza y pagaban su desusada corteja con la mayor veneracion y respeto.

Pero al ilustre caudillo que habia llorado al divisar el mar austral, creyendo realizado el sueño de oro de sus compatriotas, que al tomar posesion de aquellas regiones invocaba los nombres de los reyes de Castilla, jurando y haciendo jurar á sus soldados que las defenderian contra cualquiera príncipe infiel ó cristiano, le estaban reservadas las mayores amarguras en pago de tanta fidelidad y heroismo. Prevenida contra él la corte española por las instancias de Enciso, comenzaron á nacer las sospechas contra el grande hombre. En valde Zamudio, Arbolancha y otros comisionados de Balboa trataron de disipar las dudas que contra el descubridor del mar del Sur se habian levantado. Balboa fué reemplazado en el gobierno del Darien por Pedrarias Dávila, hombre de mezquino corazón, de celoso carácter y desconfiadas costumbres. Desde la llegada de aquel noble altanero comenzó Balboa á experimentar los mayores desabrimientos: se le tomó residencia de su gobierno, se le despojó de los bienes que habia adquirido á fuerza de sudores y de proezas, y se pensó finalmente en enviarlo á España cargado de grillos para que se hiciese en él la justicia que el rey tuviera por conveniente. Sin embargo, el nuevo obispo de Darien, fray Juan de Quevedo, intercedió con el injusto Pedrarias; se restituyeron á Balboa parte de sus bienes, se le ordenó que saliese á restaurar el dominio español, que habia perdido desde que le echaron del gobierno, mucha influencia entre los indios; si bien al propio tiempo escribia el en-

vidioso gobernador á Castilla para neutralizar el efecto que habian de producir en la córte las relaciones de los prodigiosos descubrimientos de Balboa y los descalabros sufridos por la impericia y poco talento del mismo gobernador Pedrarias.

La córte entre tanto parecia rectificar el concepto que habia formado de Vasco Nuñez. Arbolancha habia obtenido varias audiencias del rey; y ya no se daba en Castilla el nombre de insurgente y aun de bandido al descubridor del Sur. Esta disposicion favorable de la córte pareció tambien mejorar la situacion de Balboa en la Antigua, que ya habia tomado el título de ciudad. Expidiósele pues el título de Adelantado, si bien con sujecion al envidioso Pedrarias, quien al recibir los despachos de Vasco Nuñez, se resolvió á ocultárselos, pensando al par en los medios de exterminarle. Súpose al cabo tan bastardo proceder; medió el obispo, y acobardado Pedrarias, entregó los despachos, no sin exigir al nuevo Adelantado que no usaria de su autoridad sin su beneplácito. Pero el obispo que anhelaba ardientemen-

te la reconciliacion de entrambos jefes, pensó en unirlos con los lazos de la sangre: Pedrarias tenia dos hijas en Castilla, Balboa era soltero, y en pocos dias se concertaron las capitulaciones, celebrándose el desposorio con doña María que era la mayor de las dos hermanas.

Estos vínculos que parecian apagar para siempre los celos del viejo Pedrarias, no fueron sin embargo bastantes á hacerle desear el odio que contra Vasco Nuñez abrigaba: mientras este, dueño de cuatro navíos y á la cabeza de cuatrocientos hombres, pensaba en hacer suyos los tesoros del Perú, el vengativo segoviano despachó un correo que le halló en el puerto de las Piñas, cercano ya á entrar en aquel vasto imperio, por el cual le mandaba que volviese á Acla para comunicarle cosas de importancia, indispensables para el buen éxito de su expedicion. No receló Balboa de aquel pérfido mensaje, y encaminóse á Acla para estrechar en sus brazos al padre de su esposa. Mas preso al llegar á esta poblacion, encausado por el alcalde Espinosa y sentenciado á muerte con otros cuatro compañeros suyos, á quienes

mostraba mayor predileccion, fué degollado públicamente, pasando antes por la amargura de oirse llamar traidor, cuya infame acusacion pudo turbar solo por algunos momentos la tranquilidad de su espíritu.

Así terminó la brillante carrera de Vasco Nuñez de Balboa, que contaba al ser ajusticiado cuarenta y dos años de su edad, hallándose en lo mas entero de su vida. Sus grandes virtudes como capitán y jefe de la Antigua, sus inauditas proezas llevadas á cabo sin gran derramamiento de sangre, y la lealtad que manifestó en todas ocasiones, le han hecho acreedor al aprecio de la posteridad, que condena unánime la miserable y cobarde conducta de Pedrarias. Sin embargo, cuando se considera el modo con que se apoderó del mando, la crueldad ejercida con Nicuesa y la ingratitud con que pagó la clemencia de Enciso, no puede menos de reconocerse que hay en la muerte de Vasco Nuñez de Balboa algo de providencial y expiatorio, ofreciéndose como una leccion terrible de la ambicion humana y como una prueba irrecusable de la inconstancia de la fortu-



Teatro imperial de la Opera. — *El Profeta*, acto 4°. — Coronacion de Juan de Leyde en la catedral de Munster.

na. Balboa á pesar de todo es una de las figuras mas brillantes entre todos los guerreros que concurrieron á la conquista del Nuevo Mundo: por esta razon nos hemos detenido algun tanto á bosquejarla, si bien la prisa con que lo hemos hecho, no nos ha dado lugar de diseñarla cumplidamente.

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS,
de la real Academia de la Historia.

Teatro Imperial de la Opera.

EL PROFETA. — SALIDA DE M^{lle} ARTOT.

Mlle Artot, sobrina del célebre violinista, se ha estrenado noches pasadas en el gran teatro de la Opera con el papel de Fides en el *Profeta*. Esta obra famosa de Meyerbeer ha encontrado en la jóven artista Mlle Artot una intérprete de talento, y sin embargo diremos que

en ese papel de Fides se han mostrado sucesivamente las cantatrices mas afamadas de estos últimos tiempos. Al cantar el aria del primer acto se habia grangeado ya Mlle Artot las simpatías del público, y en la escena de la iglesia alcanzaba un aplauso unánime y merecido. Sabe cantar, tiene agilidad, mérito y mucha inteligencia; su órgano es rico, sobre todo en los puntos altos, lo que permite clasificar su voz entre los sopranos, si bien se habia anunciado como contralto en los carteles. Mlle Artot es discípula de madama Viardot, cuyo método es bien conocido y apreciado en Paris desde hace mucho tiempo.

Gracias á la novedad que ha procurado á los parisenses la salida de esta jóven artista, el *Profeta* prosigue el curso de sus representaciones con el feliz éxito de sus primeros dias. Aprovechamos la ocasion para mostrar á nuestros lectores, por medio del dibujo que acompaña, una muestra de las grandiosas decoraciones y el aparato escénico que tanto contribuyen en este teatro á poner en boga las óperas que en él se ejecutan.

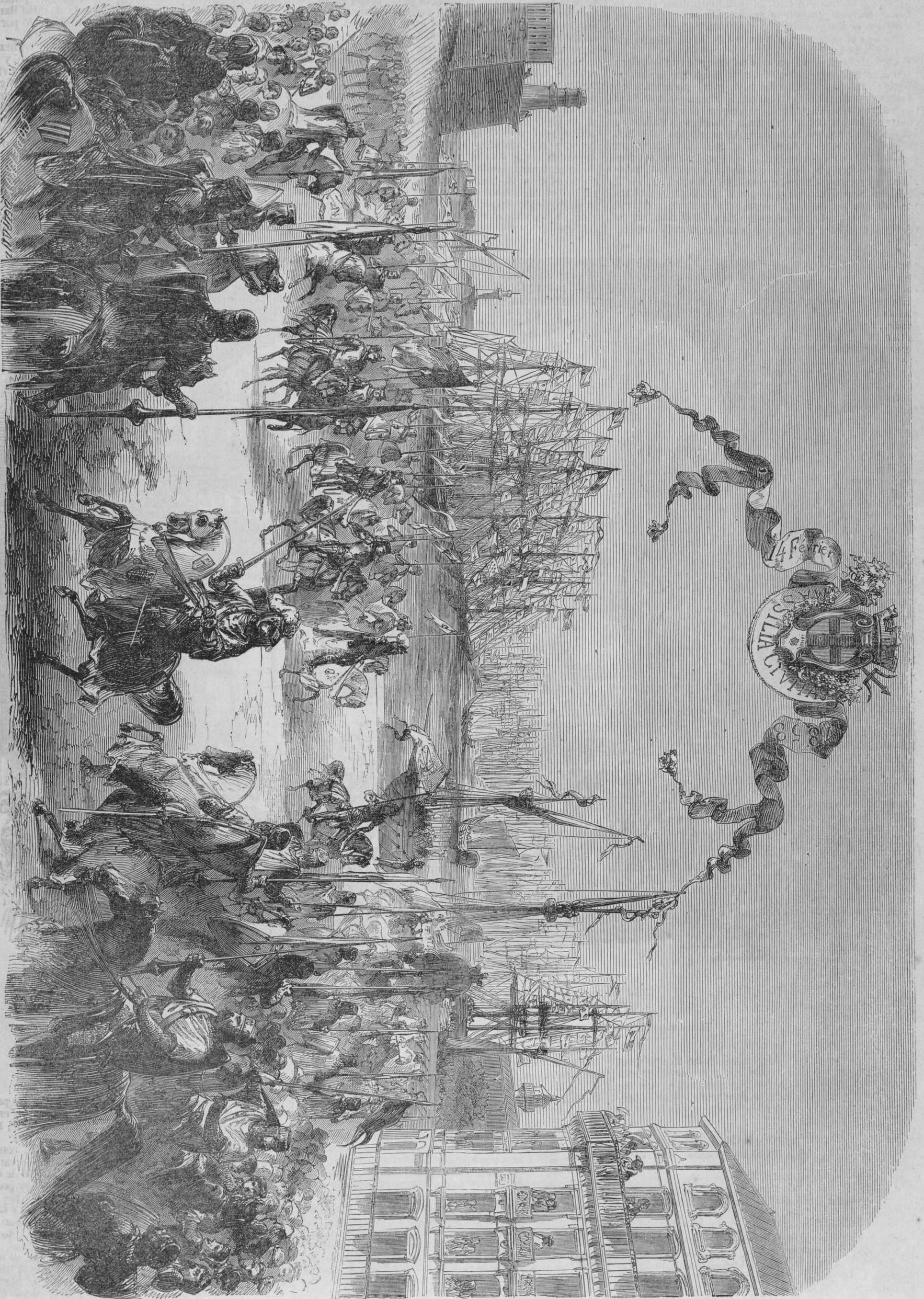
Fiesta de caridad en Marsella.

Marsella 15 de febrero.

Ayer llegaron á esta mas de veinte mil forasteros para tomar parte en nuestras fiestas; algunos de ellos eran procedentes de los lejanos departamentos de Aude, Herault y Drome.

El sábado á las seis de la tarde, un caballero con el escudo de armas de la ciudad, acompañado de varios pajes que llevaban hachas encendidas y precedido de dos heraldos anunció la llegada del Muy alto y Muy poderoso señor Tibaldo IV, conde de Champagne y rey de Navarra, como tambien de los duques de Bretaña y Borgoña, de los condes de Nevers, de Bar y de Macon, y del condestable de Francia, Amaury de Montfort, todos acompañados de sus gentiles hombres y soldados.

Ayer domingo, á las nueve, la comitiva real se reunió en el Prado. Empezó á marchar siguiendo el itinerario señalado en el programa, y recorrió los barrios mas ricos de la ciudad donde parece que la cuesta fués



Embarco de Tibaldo IV para la cruzada, en el puerto de Marsella. — Fiesta de caridad dada en Marsella el 15 de febrero de 1848.

muy productiva. A la misma hora salieron de las Casas Consistoriales el *podestat* y su comitiva para recibir al rey Tibaldo y á su séquito en la plaza de San Ferreol, donde se había levantado un trono. A uno y otro lado de la plaza se habían colocado muchas sillas ocupadas por señoras que vestían magníficos trajes de etiqueta. Cuatro músicas empezaron á ejecutar entonces la gran marcha de los cruzados, de *Jerusalén*. La música de Verdi, ruidosa como es, produjo un grande efecto.

En seguida el rey pronunció un discurso dirigido á las señoras, discurso que fué recibido con la mayor simpatía. La arenga del *podestat* que ofreció al rey trobador las llaves de la ciudad, mereció igual acogida. Esta primera parte de la ceremonia terminó con los coros y bailes ejecutados por las compañías del teatro.

A la una las dos comitivas reunidas se pusieron en marcha, dirigiéndose á las Casas Consistoriales, y siguiendo el curso de las calles Montgrand, Paradis, Dorse, Roma, Canebière, Beauvau, Vacon y los muelles del Norte.

Difícil sería formarse una idea de la grandeza del espectáculo que presentaban el muelle Napoleón, la Canebière y los muelles del puerto en el acto de pasar la comitiva. Los numerosos buques surtos al puerto viejo habían izado sus banderas; algunos como la *Ciudad de Tolosa*, del puerto de Burdeos, y el *César Alejandro*, de Abville, que estaban anclados en frente de la Canebière, habían izado todas sus banderas y gallardetes. En los ventanales, en el sobrepuesto, á cubierta y en las dunetas de los buques veíanse millares de espectadores entusiasmados á la vista de esos trajes magníficos, y de la brillantez de la comitiva que alcanzaba una extensión de tres kilómetros. Los trajes del rey, del *podestat*, los de Juan de Dreux, conde de Mácon; de Enrique II, conde de Bar; de Guy V, conde de Nevers; de Amaury, conde de Montfort; de Pedro de Dreux, de Juan, señor de Joinville, y sobre todos el deslumbrante traje de Hugo de Borgoña, que lo llevaba el hijo del alcaide de Marsella, eran efectivamente notables. Los peregrinos con su calabaza y sus conchas, y las corporaciones de guerreros no llamaban menos la atención. Los caballos de batalla de los duques eran conducidos por escuderos.

La comitiva se detuvo en la empalizada de las Casas Consistoriales dando frente á la capilla de Nuestra Señora de la Guarda, patrona de los peregrinos y de los marineros. Entonces el *podestat* dirigió una alocución á los marseleses para que se asociasen á los cruzados. A la voz de su jefe se cruzaron un gran número de provenzales. El gran maestro de San Juan de Jerusalén hizo la ceremonia de recepción de esos nuevos soldados de la fe. Fuera ocioso describir la grandeza de esta imponente ceremonia.

Las comitivas se pusieron en marcha dirigiéndose á la Joliette donde los cruzados debían embarcarse á bordo de las galeras reales.

A su llegada los caballeros se apearon y se colocaron en la línea de los muelles. Los individuos de la municipalidad ocupaban la parte opuesta. Los coros entonaron el de *Roberto el Diablo*, acompañándoles todos los músicos. El rey se despidió entonces de los marseleses, y la orquesta ejecutó el cántico de la reina Hortensia *Al partir para la Siria*, mientras se hacían los preparativos del embarco. El senescal despidió en seguida al rey, y luego se efectuó la bendición de los ejércitos. Todos los cruzados estaban arrodillados; los religiosos que eran muchos, bendijeron sus armas y las ofrecieron á Dios. Por fin se efectuó el embarco, y cada compañía entró en el buque que ostentaba su respectiva bandera.

Diez lanchas del Estado remolcaron la galera que estaba muy bien empavesada, y ostentaba el magnífico pabellón del rey y también el de Marsella. Al empezar las evoluciones de la galera en el puerto de la Joliette, los cien mil espectadores reunidos en dicho punto prorrumpieron en vivas aclamaciones. Nunca se me olvidará la grandiosidad de este cuadro. Todos los buques franceses y extranjeros tenían sus mástiles cubiertos de gallardetes y banderas, y las que había y se contaban por miles delante de las casas Borde, y que eran agitadas por la brisa del mar, aumentaban todavía la sublimidad del espectáculo. Estaban cuajadas de espectadores las murallas contiguas, los muelles, los techos de los tinglados, las lanchas, los pontones, las cubiertas de los buques, y las casas Borde. Los marineros se habían encaramado á las cuerdas para dejar espacio al público que pagaba el derecho de ocupar un puesto cualquiera.

Los productos han sido enormes. No se sabrá hasta dentro de algunos días; pero á juzgar por los billetes que se han repartido, se cree que la cantidad ascenderá á 150,000 francos. Están ya distribuidos los 6,000 billetes á cinco francos cada uno para el torneo que debe efectuarse al martes en el Hipódromo. Los extranjeros sólo consiguen proporcionárselos con mucha dificultad. En la plaza de San Ferreol se habían alquilado cuatro mil sillas á cinco francos, y la Joliette ha producido más de 15,000 francos á razón de un franco por sitio ó puesto.

Hoy el *podestat* y su comitiva deben dirigirse al Jardín Zoológico; los productos también están destinados á los pobres.

Mañana se celebrarán los últimos episodios de esta función histórica; el desembarco de los cruzados en el Prado, el torneo y las carreras con que ha de terminarse esta magnífica fiesta.

La población maravillada del espectáculo que acaba de presenciar, no cesa de elogiar al general de Courtigis, jefe de nuestra división militar, á cuya iniciativa se debe la organización de esta brillante fiesta. Sería

una desatención culpable no mencionar á M. Hayman, joven escritor de mérito, quien ha sido, por decirlo así, el primer ayudante de campo del general.

Revista de París.

Durante la cuaresma cesan los bailes en algunos salones de París, aunque no por esto se prescinde en ellos de las reuniones. En lugar de bailar se juega, se toca el piano y se habla, es decir, se cuentan historietas, lances y aventuras que ayudan á pasar las horas. El elemento de lo maravilloso no está excluido en estos relatos, antes bien parece que contribuye á darles un prestigio que cautiva con seguridad la atención de los oyentes. Ya sabemos que en París el magnetismo, el sonambulismo y todo lo que es misterioso y sobrenatural cuenta partidarios acérrimos; todo el que tiene algo que decir en este orden de cosas es siempre bien recibido en los salones.

El viernes de la última semana había en casa de la señora de T... una tertulia de amigos íntimos convocada para oír las curiosas revelaciones de un joven parisiense de veinte y seis años, hombre muy instruido y muy simpático, y en cuya familia ha tenido lugar un hecho singular, inaudito. Hé aquí su relación recogida por una de las personas más atentas del auditorio:

«Mi hermano mayor, dijo el vizconde de X..., se había casado hacia seis años con una linda joven llamada Dorotea, cuando entabló relaciones con una bailarina de la Ópera.

En breve llegó á descubrirse esta flaqueza que hizo mucho daño á mi hermano y causó el dolor más agudo á su señora.

Mi hermano ciego con su pasión lo despreció todo; obligó á la bailarina á dejar el teatro, la regaló una casa en París, y durante el verano la llevaba consigo á Italia. — Mi hermana política murió de dolor, y al morir me encomendó el cuidado de sus dos hijos.

El vizconde tuvo una pena grande mezclada de remordimientos, pero no dejó á la bailarina. Hará poco más de un año se hallaba en su casa de París, cuando una noche llegó á tener un sueño. Soñó que se aparecía á él su desgraciada esposa; veía su sombra que se inclinaba sobre su cama y oía sus sollozos.

— ¿Dorotea! ¿eres tú? dijo mi hermano sin despertarse.

— Yo soy, Alfonso.

— ¿Pero estás llorando?

— Sí.

— ¿Y por qué?

— Porque la bailarina ha robado á mis hijos el amor de mi esposa, respondió la sombra sin dejar de sollozar un instante.

— Te engañas, Dorotea, nada podrá debilitar en mí la ternura y el amor que profeso á mis hijos.

— Así lo crees, pero esa mujer es la dueña absoluta de todos tus sentimientos. Mira, vengo á protegerte contra ella. Aquí tienes el velo de encaje que llevaba el día de nuestras bodas, consérvale siempre en tu poder, que él te salvará y salvará á mis hijos de los lazos de la intrusa.

Y al decir estas palabras, dobló el velo en forma de corbata y le ató al cuello de mi hermano; luego estrechando á este en sus brazos, le dió un beso en la frente y desapareció.

Al sentir las lágrimas heladas que rodaban por su frente y por sus mejillas, mi hermano se despertó sobresaltado; miró en su derredor y tardó un buen rato en convencerse de que lo que acababa de ver y oír no era más que un sueño.

Pero de repente lanzó un grito... tenía el velo de encaje en su garganta.

Esta visión mezclada de realidad le dejó estupefacto. Aun se hallaba en su lecho con el codo apoyado en el almohadón y sumergido en sus pensamientos, cuando entró la bailarina en la alcoba graciosamente envuelta en un peinador de muselina de mil colores.

Al notar la expresión dolorosa de las facciones del vizconde se quedó parada, y se acercó á preguntarle lo que tenía.

— Mi querida Adela, respondió mi hermano, llevamos una vida criminal... y es preciso que se concluya... lo quiero... y Dios lo manda.

Y contó el sueño que había tenido con todos sus pormenores, las palabras de su mujer, la historia del velo y su sorpresa al encontrarse atado á la garganta cuando había despertado.

— ¿Y no es más que eso? exclamó Adela echándose á reír locamente. Sois un niño. ¿No conocéis que será una burla de alguno de los parientes de vuestra mujer?

— No, no, era ella, Dorotea.

— Pues vais á ver cómo destruyo el hechizo acabando con el talismán.

Y al decir esto arrancó el encaje del cuello del vizconde, corrió á la chimenea donde había una buena lumbre y arrojó el velo en medio de los leños encendidos.

En la presteza de sus movimientos una punta de su ancho peinador fué atraída por la llama que salió del foco de la lumbre, y alcanzó á la joven como la lengua de una víbora.

Su vestido de muselina ardió inmediatamente; la infeliz se vió envuelta en las llamas, y á pesar de los pronto socorros que la prodigaron, no tardó en expirar en medio de los padecimientos más horribles.

Quizá recordareis, dijo el narrador al terminar su historia, que en el mes de enero del año último, los periódicos de París anunciaron todos el trágico fin de la bailarina Adela X..., que murió abrasada; pero naturalmente ignoraban los misteriosos antecedentes que acabo de contaros.

No hay para qué añadir que esta aventura dicha con un aire de convicción y buena fe por el interesante hermano del vizconde, produjo una viva emoción en un auditorio que se hallaba perfectamente dispuesto para emociones de esta clase.

Un escritor aristocrático, el señor marqués de Custine, que por distintos títulos obtuvo mucha celebridad en París durante su vida, ha venido á ocupar la atención pública después de su muerte, con un proceso suscitado por varias personas que se disputan lo que ha dejado en este mundo. Y no se trata de sus obras, sumergidas en un olvido casi completo, sino de sus rentas. Como todos le creían muy rico, su sucesión tiene muchos golosos, suerte común á todos los que legan herencias cuantiosas.

Bienaventurados los que mueren pobres: el silencio cubre sus sepulcros; nadie revela sus buenas cualidades y sus defectos para que sirvan de argumentos forenses; al contrario, su muerte hace que les descubran algún mérito. Pero ¡ay de los que dejan un testamento y una fortuna! pronto se establece el balance de sus faltas sin pensar en que puede resultar de él la quiebra de su honra. Sin embargo, estas son generalidades no aplicables aun al caso presente en que todavía no se ha pronunciado una palabra.

El marqués de Custine era un gran señor que sabía hacer las cosas grandemente; sus salones eran el punto de reunión de los principales artistas de París y de muchos hombres de mundo; sus grandes relaciones entre la aristocracia del barrio de la nobleza y en la literatura, le permitían el poderse formar una aciedad de las más selectas. Para esto el marqués de Custine poseía en París una casa magnífica y un bonito palacio en las cercanías de Enghien.

El flaco de M. de Custine era correr en pos de una gloria que parecía huírle; quería hacerse un nombre literario, y para esto escribió de todo, novelas, filosofía, impresiones de viaje. Únicamente su obra sobre la Rusia alcanzó algún éxito en los primeros tiempos de su publicación; hoy se halla tan olvidada como las restantes; el público ha castigado con una indiferencia obstinada las producciones de su intrépida pluma.

Si el marqués hubiera escrito muchas comedias se habría arruinado. Hizo representar una tragedia, y con lo que gastó para verla morir en las tablas, habría podido dar la vida á muchas familias. Le contaron el doble de su valor las decoraciones y los accesorios; todo lo que debía costear la empresa quedó á su cargo; él pagó sin chistar, pues de no haberlo así le habrían devuelto el manuscrito. Es verdad que era bastante rico para pagar su gloria. «*Beatrix Centi*» fué representada, pero no pudo repetirse muchas noches. Entonces M. de Custine renunció prudentemente al teatro.

El marqués de Custine ha nombrado heredero universal de su fortuna á M. de Sainte-Barbe, un amigo íntimo; pero la señora marquesa de Dreux-Brezé, de la familia del difunto, pide la nulidad del testamento. Los señores Berryer, Marie y G. Chaix d'Est-Ange deben ser oídos en la contienda.

En una obrita interesante que acaba de publicar la señora princesa de Belgiojoso, hay un capítulo en que se descubren los misterios del haren, ese gineceo oriental llamado impropriadamente serrallo por los escritores más acreditados. Estas revelaciones son curiosas, y vamos á dar una muestra de ellas, pero debemos advertir que se aplican á los harenes de las provincias asiáticas de la Turquía, pues los de los bajás de Constantinopla si no son magníficos, cuando menos están muy aseados.

«El haren, ese santuario mahometano herméticamente cerrado para todos los hombres, estaba abierto para mí, dice la princesa de Belgiojoso. Podía penetrar allí libremente; podía conversar con esos seres misteriosos que nadie conoce; podía provocar la expansión en algunas de esas almas concentradas en sí, y oír confidencias curiosas sobre todo un mundo desconocido de pasiones y de desgracias.

Destruyo quizá muchas ilusiones al hablar de los harenes con tan poco respeto; hemos leído sus descripciones en las «*Mil y una Noches*» y en otros cuentos orientales, y nos han dicho que en esos lugares residen el amor y la belleza. ¡Cuán lejos estamos de la verdad!

Imaginaos unas paredes negras y llenas de grietas, techos de maderos mal unidos y cubiertos de telarañas, sofás desgarrados y grastientos, mamparas con agujeros y manchas de aceite por todas partes.

Cuando por primera vez entré yo en uno de estos aposentos me quedé atónita, pero las dueñas de la casa nada notaron. Sus personas estaban en relación con la vivienda. Como los espejos son muy escasos en el país, las mujeres se llenan de cualquier modo de oropeles cuyo efecto singular desconocen. Llevan muchos alfileres de diamantes y de pedrerías prendidos en pañuelos de algodón estampados que luego enroscan en torno de sus cabezas.

Se cuidan poquísimos el pelo, y solo se peinan las altas señoras que han visitado la capital. En cuanto á los colores hacen de ellos un uso desmedido para pintarse las carnes; en esta operación se ayudan recíprocamente con sus consejos, y como las mujeres que viven en la misma casa son otras tantas rivales, tratan de dirigir esa distribución unas en otras del modo más grotesco.

Se ponen hennellon en los labios, en las mejillas, en la nariz, en la frente y en la barba; el blanco corre en todos sentidos como para llenar los huecos, y el azul es para el cerco de los ojos aunque también se dan un poco bajo las narices.

Lo más particular es el teñido de las cejas. Sin duda les han dicho que las cejas para ser hermosas han de formar un arco muy grande, y en efecto, quieren que sea así, sin preguntarse si el lugar de ese arco no está determinado fija é irrevocablemente por la naturaleza. Atribuyen pues á sus cejas todo el espacio existente de una sien á otra, y se pintan sobre la frente dos arcos inmensos que arrancando del nacimiento de la nariz se van cada uno por su lado hasta la sien. Hay jóvenes beldades que prefieren la línea recta á la curva, y que trazan en su frente una gran raya negra, pero esto no es lo ordinario.

Lo que es cierto y deplorable á la vez, es la influencia de esta pintura combinada con la pereza y la falta de aseo natural que caracterizan á las mujeres orientales. Cada rostro femenino es una obra de arte complicada y «que no puede repetirse todos los días.» Las manos y los pies untados de co-

lor de naranja, temen igualmente la acción del agua como perjudicial á su hermosura.»

Nos han parecido curiosas estas revelaciones, y las hemos trasladado aquí mientras podemos señalar igualmente las que dentro de poco verán la luz firmadas por Alejandro Dumas, si bien es verdad que no tratarán del mismo asunto. El gran maestro en materia de impresiones de viaje ha ido á Marsella, ha comprado un buque por la cantidad de unos cuatro mil pesos, y en él está á punto de embarcarse para viajar por las costas del Mediterráneo. ¿Va á descubrir una isla desierta, ó se promete hallar otros tesoros como los que encontró para dotar generosamente á Monte Cristo? ¿Quién sabe! Quizá emprende esa excursión marítima para decir al mundo que puede prescindir de Maquet y de todo colaborador literario. Lo cierto es que Alejandro Dumas solo lleva consigo unos cuantos cajistas que ha instalado á bordo de su buque, donde tendrá él su camarote, su gabinete de trabajo y su imprenta. Sin duda en los puertos donde toque para hacer provisiones, irá dejando su mercancía literaria, y como la literatura de Alejandro Dumas es estimada en todo el mundo, podrá ser recibida en todas partes como moneda corriente.

No olvidaremos las noticias que lleguen á nuestros oídos sobre este interesante viaje.

Otro escritor célebre, un académico que cuenta casi tantos colaboradores como piezas teatrales, ha ganado un pleito en la última semana: queremos hablar de M. Scribe, que en esto de la colaboración no ha negado jamás á ninguno de sus trabajadores su parte de gloria y de beneficios.

Un compositor ilustre que falleció no ha mucho tiempo, M. Adolfo Adam, había compuesto la música de una zarzuela titulada «Josefa» cuyo argumento era debido á la pluma de M. Scribe. Esta pobre Josefa se hallaba cubierta de polvo en los archivos del teatro de la Opera Cómica, cuando la viuda del compositor notificó á M. Perrin, á la sazón director de aquel teatro, que representara la obra de su marido. Hubo pleito, y M. Perrin fué condenado á dar la pieza ó á pagar 1,500 francos á la señora de Adam y á M. Scribe.

M. Scribe intenta hoy sobre la misma zarzuela una nueva demanda contra M. Perrin, que ha cesado de estar al frente del teatro de la Opera Cómica: le pide 3,000 francos en atención á que M. Perrin se había comprometido á pagarle 1,000 francos por acto á título de prima, y «Josefa» tiene tres actos.

— Debo la prima, dice M. Perrin, por las piezas representadas.

— No señor, responde el abogado de M. Scribe, la debe Vd. por las piezas presentadas.

— Por pieza «presentada», decía el uno.

— Por pieza «representada», contestaba el adversario.

Y el tribunal dió la razón á M. Scribe, que percibirá 3,000 francos por una parte, y por otra 750 francos, por haber escrito una zarzuela que es regular no se represente nunca.

La fabricación de zarzuelas es muy lucrativa; solo en el teatro de la Opera Cómica se paga á los autores el 14 por 100 de las entradas.

MARIANO URRABIETA.

Oros son triunfos.

I.

— ¿Vas á la fuente?

— A la fuente.

— ¿Tan solita?

— Tan solita.

— ¿Quieres que yo te acompañe?

— No he menster compañía.

— Ven y sentémonos juntos

Debajo de esas encinas.

— ¡Y que nos viera mi novio!

— ¿Con que tienes novio, niña?

— Es el pastor mas gallardo

De toda esta serranía.

— Pues no merece un pastor

Una zagala tan linda.

— ¿Y porqué no la merece?

— Porque es notoria injusticia

Junto á un espinoso cardo

Poner una clavellina.

— Yo nací para ser pobre.

— Porque no querrás ser rica.

— Si en el querer consistiera...

— ¡Ay Dios, qué bien sentaría

En esos dedos pulidos

Una pulida sortija!

— Pero como no la tengo...

— ¿Quieres probarte la mia?

— Por probar nada se pierde.

— Mira, te viene justita.

Guárdala, hermosa zagala,

Que tengo en mi joyería

Mas de doscientas, y todas

Cuajadas de piedras finas.

— ¡Amable es el caballero!

— ¡Encantadora es la niña!

Te acompañaré á la fuente.

— Me agrada la compañía. —

Y zagala y caballero

Se pierden al fin de vista

Caminito de la fuente,

Entre castaños y encinas,
Y un pastor que los ha visto
Canta muy triste allá arriba:
«El que fuere solo y pobre
No busque la mujer linda,
Porque en medio de sus gustos
Viene el rico y se la quita.»

II.

Aquella hermosa zagala
Que yendo á la fuente un día
Puso en sus dedos pulidos
Una pulida sortija,
Baja con frecuencia al valle
Y vuelve á la serranía
Como una azucena pálida,
Como una rosa marchita.
Las sortijas de sus dedos
Dicen que se multiplican;
Pero eran mucho mejores
Las rosas de sus megillas.
Mas ayer tornó del valle
Sin una nueva sortija,
Con el cabello en desórden,
Llorando á lágrima viva.
¡Ay, quiera Dios que hoy llorando
No torne á la serranía,
Que ni compasión encuentra
En los que su llanto miran,
Que hasta las otias zagalas
Su conversacion esquivan!
Ya da la vuelta del valle;
Pero sus dedos no brillan,
Y viene como ayer tarde
Llorosa y descolorida.
A la vera del camino,
Sentado al pié de una encina,
Está un pastor abismado
En honda melancolía,
Y la afligida zagala
Hacia el pastor se encamina.
— Compadécete, le dice,
De una mujer desvalida,
Y las lágrimas que vierto
De desagravio te sirvan. —
Pero el pastor se levanta,
Y temeroso de oírlo
Gana con ligero paso
La cumbre de una colina,
Y canta allí con acento
Lleno de melancolía:
«El que fuere solo y pobre
No busque la mujer linda,
Porque en medio de sus gustos
Viene el rico y se la quita.»

Melancolía.

I.

Ya en la empinada cumbre
Del Guadarrama
No dan nieves y brumas
Tristeza al alma,
Ya están las nubes
Sonrosadas ahora,
Despues azules.
Ya están las arboledas
Vestidas de hoja,
Ya en árboles y prados
Las flores brotan,
Ya están de venta
En Santa Cruz á cargas
Las azucenas.
Ya bailan á la orilla
Del Manzanares
Michachos y muchachas
Todas las tardes,
Ya echan tonadas
En la Virgen del Puerto
Los de Cantabria.
Ya los calenturientos
Van los domingos
A beber á la fuente
De San Isidro;
Ya á la montaña
Van los que para amarse
No buscan ramas.
Ya abundan en misterio
Dulce y tranquilo
La Fuente Castellana
Y el Buen Retiro,
Y á su espesura
Van los que para amarse

Las ramas buscan.

Cárlos, todo se anima,
Todo se alegra,
Todo florece, todo
Feliz se muestra
Y al mismo tiempo
Yo...; de melancolía
Me estoy muriendo!
Cárlos, no me preguntes
Porqué estoy triste,
Pues no lo se, pues solo
Puedo decirte
Que ha muchos días
«Nada me aflige y tengo
Melancolía.»

II.

Cárlos, tú que adivinas
Mis pensamientos,
Tú que sientes acaso
Lo que yo siento,
Ve si penetras
La misteriosa causa
De mi tristeza.
Un tiempo íbamos juntos
Mañana y tarde
De montaña en montaña,
De valle en valle,
Y eran entonces
Tantas mis alegrías
Como las flores.
Pero hoy, cielos azules,
Sol refulgente,
Arboledas floridas,
Cantos alegres,
Serenas auras,
Langüidez y tristeza
Dan á mi alma.
Y en mi corazón, antes
Siempre tranquilo,
Hay ahora un deseo,
Hay un vacío,
Hay un perpetuo,
Misterioso, inefable
Desasosiego.
Almas como la mia,
¿Qué sensaciones
Pueden echar de menos
Entre las flores?
— Únicamente
El amor es lo que echan
De menos siempre.
— ¡El amor! Ya comprendo
Porqué mi alma
Se hallaba un tiempo alegre
Y hoy triste se halla,
Porqué las flores
Que alegre me pusieron
Triste me ponen.
Falta el amor al alma
Que vive amando;
Por eso está hoy inquieta,
Por eso, Cárlos,
Ha muchos días
«Nada me aflige y tengo
Melancolía.»

ANTONIO DE TRUEBA.

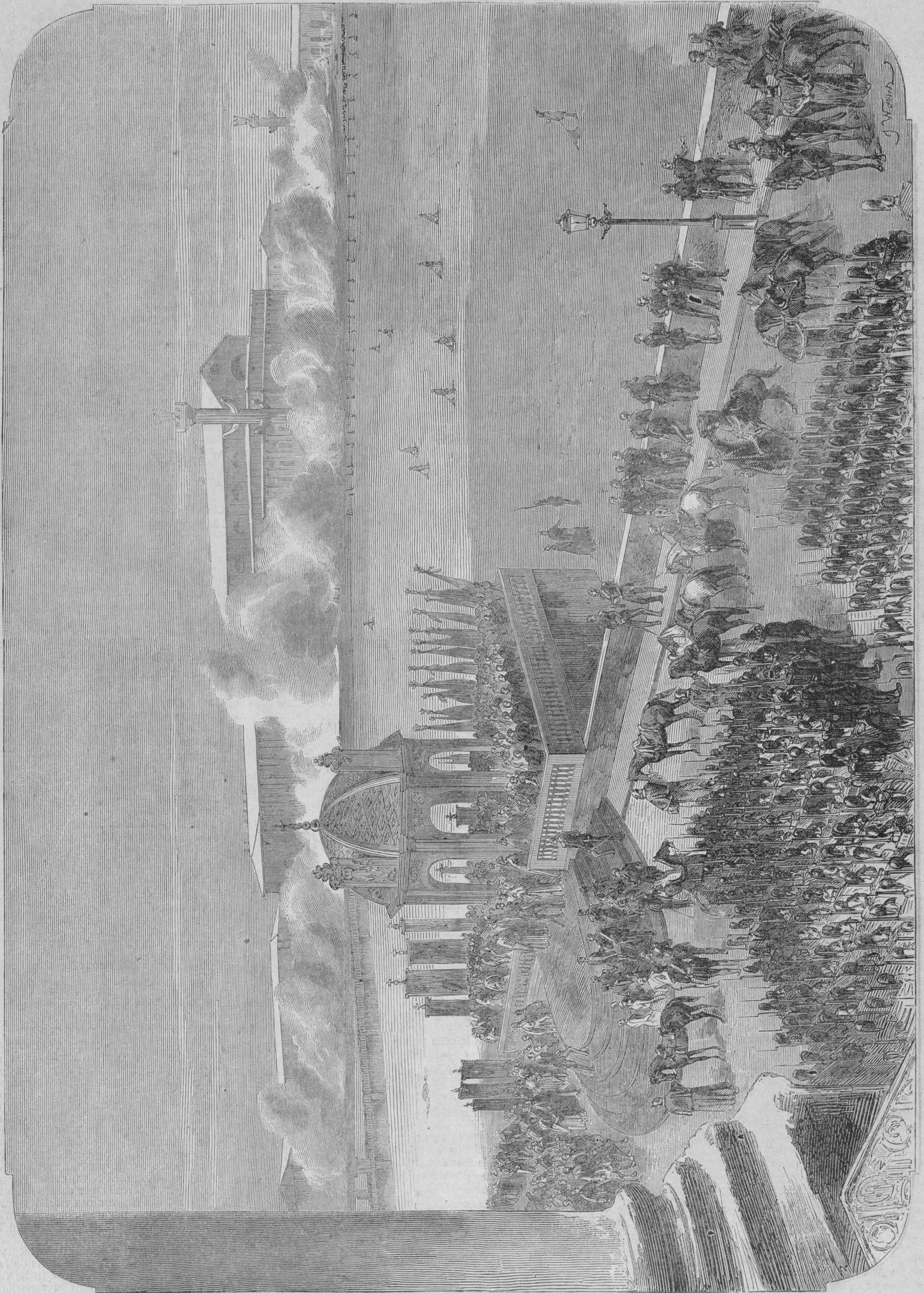
Prazdnik sviatova crestchenia. Yordann.

EL 6—18 DE ENERO EN TIFLIS Y EN SAN PETERSBURGO.

San Petersburgo 7—19 de enero de 1858.

El invierno, este famoso invierno de Rusia que esperaba yo con impaciencia, tardó tanto en llegar este año, que principiaba ya á considerarle como una de esas invenciones de los viajeros que con frecuencia hacen poner en duda la veracidad de sus relatos. El frío se dejó sentir un poco; la nieve comenzó á caer, pero no en abundancia; salieron á luz algunos trineos como una protesta contra la suavidad de la atmósfera, y por último yo pude repartir mis tarjetas el día de año nuevo (1—13 de enero) en droschky de cuatro ruedas y habiendo lodo en las calles, cosa que nadie recordaba haber visto en San Petersburgo. El Neva, cubierto con una espesa capa de hielo, y surcado por coches ligeros y por muchas personas, con sus caminos trazados por árboles verdes, con sus faroles de gas establecidos temporalmente, era el único indicio de la proximidad del círculo polar.

A despecho de todos los asertos de los astrónomos y otros sabios que niegan la influencia de las fases de la luna sobre el estado de la temperatura, imaginaba yo que aquella no cambiaría sin producir una variación deseada por todos, pues aquí la palabra invierno no



La fiesta del Yordann, el 6/18 de enero, en San Petersburgo.

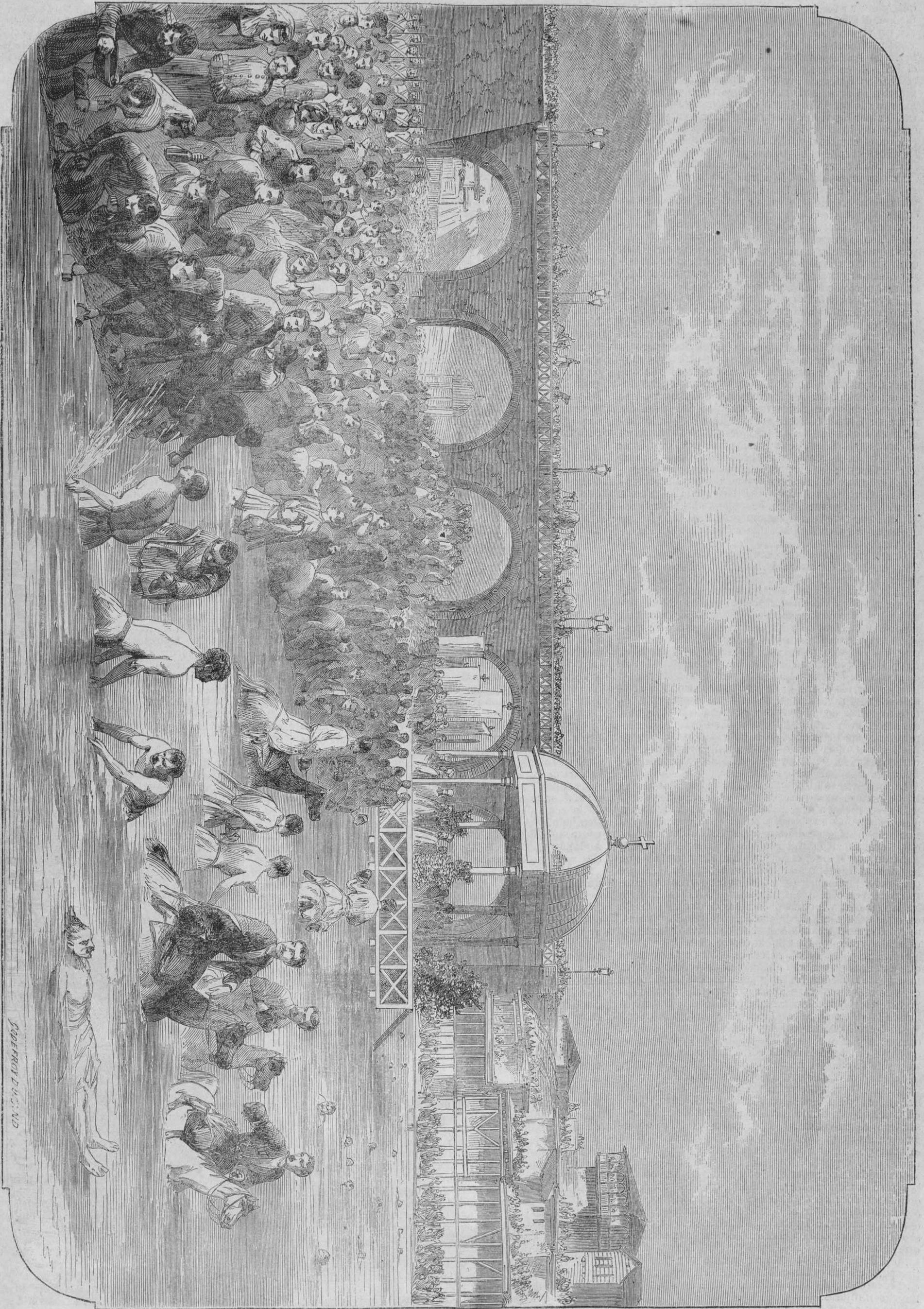


Fig. 117. La fiesta del Jordani, el 6/18 de enero, en Tiflis.

ROBERTO D. GONZALEZ

quiere decir padecimiento. No me engañé; el viénes último, día de luna nueva, una nieve fina impelida por un viento fuerte cubría de blanco las techumbres y los pavimentos de la ciudad de Pedro el Grande. El invierno había principiado: San Petersburgo en todo el brillo de su hermosura original había recobrado su animación ordinaria, y la perspectiva Nevsky y las principales arterias de la ciudad parecían un hipódromo surcado por la multitud de trineos arrastrados con rapidez por los vigorosos caballos criados en las vastas estepas del interior de la Rusia. Era tiempo que se verificara el cambio deseado. Una solemnidad que todos los años se repite el 6—18 de enero sobre los hielos del Neva, debía tener lugar delante del palacio de invierno. En conmemoración del bautizo de Jesús en el Jordán, se bendicen en toda la Rusia los ríos que riegan el imperio. Esta ceremonia, rústica en los campos, se celebra en las ciudades con el mayor brillo; ofician los mas elevados dignatarios de la Iglesia greco-rusa. Efectivamente, en la misma orilla se alza un monumento temporal que lleva el nombre de *Yordann* (Jordan); en el centro hay un espacio que comunica con el agua, cuyos hielos arrancan para proceder á la inmersión de la cruz, símbolo de la inmersión del Salvador.

El *Prazdnik sviatova crestchenia* (día de la fiesta del santo bautismo) es una gran solemnidad en San Petersburgo, es una de las grandes fiestas del año. Desde por la mañana toda la ciudad está en la calle; el aparato militar se reúne á las pompas de la religión; pero la presencia del emperador es lo que mas atrae á la muchedumbre que se precipita en masa hácia el palacio.

Las tropas formaban desde muy temprano en las plazas del Senado, del Almirantazgo y del Palacio, tres plazas que hacen una sola vastísima. La orden del día fijaba en 7 grados bajo cero el límite para que los regimientos conservaran su traje de gala ó se pusieran el capote gris. El sol se levantó radiante; el termómetro marcaba seis grados y medio, ningún soplo de aire se hacía sentir; era en una palabra uno de esos hermosos días en que el invierno despliega todos sus esplendores. Infantería, caballería, artillería, toda la guardia imperial, cuerpo magnífico, ocupaba ya las plazas donde debía ser revistada por el emperador, cuando fui yo al palacio para asistir á la santa ceremonia. Era un espectáculo asombroso.

Una misa solemne en la capilla del palacio precedió á la bendición de las aguas. El metropolitano de San Petersburgo y de Novogorod oficiaba. Concluido el servicio divino, el clero precedido de sus estandartes y de los sochantres de la corte, revestido de sus mejores ornatos, seguido de los grandes dignatarios de la corona y de toda la corte de gran uniforme, marchó en procesión por los aposentos del palacio hasta la escalera que sale al patio principal. A pesar del frío, todo el mundo tenía la cabeza descubierta. Poco antes al salir de la capilla, el emperador había montado á caballo y había recorrido el frente de las tropas donde fué acogido con vivas entusiastas. La salida de la procesión estaba calculada de modo que coincidiera con el regreso del soberano delante de la puerta de su palacio. El emperador se apeó entonces, se descubrió ante la Majestad Divina, y tomó el puesto que le estaba señalado en el cortejo seguido del brillante estado mayor que le había acompañado durante la revista.

La procesión se dirigió hácia el Neva, donde se alzaba el monumento delante de la entrada principal del palacio que mira al río; todas las frentes se descubrieron á su paso para no volverse á cubrir sino cuando el cañon anunciara el fin de la ceremonia. Varios sargentos que llevaban los estandartes de la guardia imperial, tomaron puesto en el cortejo, y en el momento en que llegaban al *Yordann* se colocaron en buen orden sobre el estrado. El alto clero y todos los concurrentes tomaron puesto en el centro del monumento. Los sochantres hacían oír esas armonías melódicas de que he hablado en otras ocasiones; el emperador, subiendo las gradas, se colocó respetuosamente con su comitiva delante del espacio sagrado y principió la ceremonia.

Quisiera poder describir el espectáculo imponente que entonces presentaba el lugar de la escena. El Neva inmovilizado en los hielos y cubierto con una ligera capa de nieve mostraba hasta perderse de vista su superficie tersa y resplandeciente de blancura. Los muelles de la orilla opuesta, el puente que comunica con Vasili-Ostrov estaban cubiertos de una muchedumbre compacta y silenciosa; los batallones de Preobajensky apiñados en el muelle de la Corte, así como las demás tropas de la guardia imperial, con el arma á tierra y la cabeza desnuda esperaban el momento solemne de la bendición. De repente principia á resonar el cañon de la fortaleza y del muelle de Vasili-Ostrov, envolviendo en una nube de humo el vasto monumento de la Bolsa; todos se arrodillan, la cruz acababa de ser sumergida en las aguas del Neva, y con esa agua bendita ya el metropolitano rociaba al pueblo y al ejército, *urbi et orbi*.

Concluida la ceremonia, el emperador según costumbre besó la mano al metropolitano, que luego besó la del emperador; en seguida bajando del estrado montó á caballo para asistir al desfile de las tropas desde la entrada principal del palacio, mientras todo el cortejo se volvía á la capilla en el mismo orden procesional en que había venido.

No ví la parada, porque no se puede ver todo á un tiempo, y así me es imposible describirla; pero quizá en breve consagraré un artículo á una de estas ceremonias militares.

Hace un año por ahora me encontraba en Tiflis, don-

de también había gran fiesta como en San Petersburgo. El tiempo era bueno igualmente, y si era penoso tener la cabeza descubierta, era á causa del ardor del sol. Delante del palacio del virey se eleva una iglesia georgiana de un aspecto pintoresco, consagrada á San Jorge. Allí se celebró la misa solemne, de allí partió el cortejo á cuya cabeza se hallaba el príncipe Bariatinsky. Dos monumentos se habían elevado sobre el río, uno arriba del Koura por los armenios; el oficiante era el patriarca Narses que murió á poco tiempo; y abajo pasado el puente que reúne ambas orillas, se alzaba el *Yordann* de la Iglesia greco-rusa.

A ese punto se dirigió la procesión formada de un clero numeroso, y acompañada por los principales funcionarios de Tiflis, todos de gran uniforme. Lo que esta ceremonia perdía del esplendor comparándola con la de San Petersburgo, lo ganaba en aspecto pintoresco: las calles estaban atestadas de gente, los tejados llanos de las casas cubiertos de espectadores, los fracs negros, los uniformes brillantes formaban un contraste singular con la masa de la población revestida de todos los trajes imaginables del Asia, y en medio de esa muchedumbre la procesión se adelantaba con mucho recogimiento, precedida de sus estandartes y de sus imágenes.

El cañon de la ciudadela — *Metech* — anunció también aquí el momento solemne; al punto la muchedumbre que guarnecía las orillas del río se metió en él para purificarse en el agua sagrada; muchos se habían quitado los vestidos y se dejaban llevar nadando por la corriente; otros lanzando sus caballos en las ondas, cumplían también el mismo acto de devoción; todas las vasijas, todas las botellas de la ciudad se llenaban de agua bendita. Ninguna escena popular de las muchas que he presenciado me había ofrecido un espectáculo tan interesante.

Por lo demás, no solo en la Georgia y bajo su hermoso cielo se baña así el pueblo ruso en las aguas bendecidas el 6 de enero; lo mismo sucede con frecuencia en las provincias setentrionales. Se practican agujeros en el hielo para que pueda cumplirse este acto de devoción: esto me lo aseguran, yo no lo he visto.

Mañana habrá un gran baile en palacio que me dará materia para otro artículo y otros dibujos.

P. BLANCHARD.

LA BRUJA DE BIARRIT.

Oculto entre los escollos, las rocas y las olas el pueblo de Biarritz parece con sus casitas blancas un ave acuática que seca sus alas al sol. Por el día tiene un aspecto encantador, y en una hermosa noche de verano cuando se le ve al resplandor azul y suave de la luna es tan risueño como un paisaje del Oriente; pero si el cielo está sombrío, si el Océano resuena en lontananza y al soplo borrascoso del nordeste, las olas vienen á estrellarse en la playa, no es posible admirar un cuadro mas imponente. El mar llegando con una velocidad espantosa se precipita contra el cerro de rocas que defiende á Biarritz, y cae después de dejarle cubierto de una inmensa sábana de espuma, para volver á precipitarse con mas furia. Unas veces la ola muge sordamente á lo lejos, otras se engolfa con un ruido espantoso en las cavidades de la costa de los Locos, y en tanto que los peñascos tiemblan, que las aves huyen lanzando un grito de espanto ante la cólera del Océano, las negras crestas de la Atalaya y la punta de los Vascongados brillan con las claridades ardientes del relámpago.

En julio de 1730 por una de esas noches borrascosas, un buque medio desarbolado quería entrar en el puerto de Biarritz. Sin mas guía que el fuego celeste, pues el faro se había apagado, la tripulación del pobre buque se hallaba á punto de perecer, cuando de repente brilló una luz en la punta de los Vascongados.

Gracias á esa estrella de buen socorro el buque, cuyos palos se doblegaban como cañas, evitó las rocas y entró en el puerto. Apenas el ancla había tocado al fondo cuando se destacó un botecillo, que dirigido por un brazo robusto se encaminó hácia el sitio donde se veía la luz todavía. A poco tiempo después estaba en la orilla; el remero saltando ligeramente sobre la arena corrió á donde brillaba el fanal, y no pudo contener una exclamación de asombro; en vez del pastor ó del marinero que se había prometido encontrar, tenía delante el tipo mas gracioso de beldad bearnesa que pueda imaginarse.

Era una jóven de talla esbelta como las que van por primera vez á la romería de Betharram; su mantilla roja, que flotaba al viento sobre su basquiña de sarga de las montañas, adornaba un rostro hechicero que dos trenzas de cabellos rubios y unos ojos de un azul vivo hacían casto y suave. La rosa sin espinas de Campan podía igualar solo la frescura de sus mejillas, y su boca era un capullo entreabierto.

A primera vista el marino, jóven y entusiasta como los que tienen por patria el Océano, creyó ser el juguete de un sueño; hasta se preguntó si la aparición de aquella luz no era un milagro, y si no se encontraba delante de aquella á quien nunca se implora en vano en medio de la borrasca.

La voz de la jóven, que le había examinado atentamente al resplandor de su antorcha, mantuvo un instante esta ilusión.

— ¡Bendito sea el que vuelve á ver el país de sus padres! ¡Gaston de Bidache, bien venido seas!

A estas palabras moduladas en cierto modo en el idioma mas musical de la tierra, por una voz vibrante y llena de dulzura, el jóven cayó de rodillas.

— Quereis dar gracias á Dios, continuó ella, y está bien, pues corriaís peligro de muerte; pero apresuraos, la tormenta crece, y la roca es peligrosa.

— ¡Oh! exclamó el marino con las manos cruzadas, quien quiera que seas, santa ó madona, no me ocultes mas tiempo tu nombre.

— ¡Ay, Gaston, no soy mas que una pobre muchacha, una mendiga... menos aun... una mujer maldita! añadió con angustia.

— ¡Una mujer maldita! repitió Gaston levantándose.

Ella hizo un movimiento y le mostró volviendo la cabeza la pata de ganso de tela negra que llevaba cosida en la mantilla.

— ¡Una bruja! dijo Gaston hablando consigo mismo.

— Así dicen, repuso la jóven con débil voz; todos me huyen, todos me rechazan y me pegan, y estoy segura de que ya os horrorizo.

— ¿Cómo te llamas?

— Naira.

— ¡Naira! dijo Gaston; sí, ese nombre está entre los recuerdos de mi infancia...

— Cuando era yo niña y los criados del castillo me hacían huir á latigazos, vos corriaís detrás de mí para darme pan.

— ¿Y no lo has olvidado?...

— No lo olvidaré nunca, exclamó con fuerza; ¡son tan pocos los que me han hecho bien en el mundo!

— ¿Y porqué casualidad, dijo Gaston enjugando furtivamente una lágrima, has venido esta noche á esta punta con tanta oportunidad?

— Vengo cuantas veces se apaga el faro y muge la tormenta.

— De modo, dijo lentamente el jóven marino, que tu corazón á pesar de la amargura con que le han llenado, se conserva sin odio. Perdonas á los que te han herido, amas á los que te aborrecen, ¡y tú, pobre desheredada, estás aquí desafiando á la muerte para salvar hombres dispuestos á maldecirte!... Naira, dame tu mano.

— ¿Quereis tocar la mano de una bruja?

— Naira, en tu belleza se ve tu bondad; la voz de los hombres es injusta, oigo la voz de Dios que hace callar á la del pueblo.

Después de haberla manifestado su gratitud con la primera señal de simpatía que ella recibiera de un ser humano desde que estaba en el mundo, la preguntó si hallaría en Biarritz un guía que pudiese conducirla al castillo de Bidache.

— Os mostraré el camino, dijo ella con voz conmovida, pero apresurémonos á dejar estas rocas antes de que llegue á ellas la tormenta.

Y marchando en seguida delante de él agitando su antorcha, principió á bajar aquellos peñascos inaccesibles por un sendero que habría inspirado miedo á todo el que no fuese un marino.

El jóven noble aceleraba el paso para seguirla, pues el aspecto del tiempo justificaba el temor que ella había manifestado.

Un nublado de vapores cubría ya el mar; el cielo condensado parecía que bajaba sobre las aguas; se sentía un calor sofocante, y de tiempo en tiempo caían sobre las rocas anchas gotas de lluvia.

En breve la tormenta estalló con la violencia de las tempestades de los Pirineos; la lluvia caía á torrentes sobre las rocas, los truenos se sucedían cada vez con mas estrépito, y las nubes se entreabrían á cada instante para dar paso á las explosiones eléctricas.

— ¿Qué haremos? exclamó Gaston menos alarmado por sí que por su compañera de una apariencia tan delicada; ¡ay! daría mi castillo por el abrigo de una roca.

Naira le escuchaba inmóvil y como entregada á una viva agitación; al cabo de algunos minutos de silencio, la oyó recitar una plegaria, y luego tomándole por la mano, le dijo:

— Venid y marchad con pié firme, vos que no temeis ni las olas ni los escollos.

Y al pronunciar estas palabras bajó rápidamente un sendero cortado á pico en una ensenada circular rodeada de altos peñascos, y le condujo á la gruta que se abre en el fondo de esa bahía.

El viento y la lluvia habían apagado la antorcha; pero á la luz de los relámpagos que surcaban las nubes, Gaston veía de tiempo en tiempo como se adelantaba la mar que venía á estrellarse á dos pasos de Naira, arrojada y orando al umbral de la gruta.

Mientras duró la tormenta Gaston permaneció silencioso; pero al fin habiéndole anunciado la calma ciertas señales que no puede desconocer el ojo de un marino, se acercó á Naira que, comprendiendo su idea, le mostró una estrella en el cielo despejado, y le dijo á media voz:

— ¡Marchemos!

Ora siguiendo la playa, ora escalando las peñas llegaron á la cabaña de la pobre jóven que se hallaba á la distancia de un cuarto de legua. Naira ofreció de todo corazón al hijo del señor mas poderoso de Bidouze la leche de su cabra, sus castañas y su pan negro; Gaston aceptó el convite con júbilo, y al dejar la mesa de nogal tersa como un espejo, aseguró que en su vida había comido con tanto gusto.

Durante esta cena frugal, Naira había echado los serenos á su caballo blanco, su única ayuda para ganarse el sustento. Gaston se colocó en el seron de la derecha, ella se metió en el otro, después de haber arrojado en

él una piedra para restablecer el equilibrio, y dió la señal de la marcha al viejo alazan que tomó al paso el camino arenoso de Bidache.

Las nubes habían desaparecido, el cielo estaba puro otra vez, y una brisa fresca y suave murmuraba entre los árboles. A la claridad de las estrellas se veían brillar en los bordes del camino sobre las cuevecillas verdes y en los prados las rositas silvestres de colores vivos y matas de claveles cuyo dulce perfume conservaba el aire largo tiempo.

Sentado en frente de la rubia Naira y sin atreverse á dirigirla la palabra por una cortedad inexplicable, Gaston para velar su timidez la preguntó al acaso cómo se llamaba la gruta en donde habían hallado un refugio.

— Tiene un nombre, respondió Naira sonrojándose, y ese no está bien en los labios de una jóven.

— ¿Cómo! ¿Es la Gruta del Amor?

Naira inclinó la cabeza.

— ¿Y porqué... exclamó el atrevido marino titubeando, porqué la llaman así?

— Hé aquí la historia que cuentan los ancianos en las veladas del invierno: Una pastora de Saint-Pé, á fin de ver más pronto á su novio, que era un jóven pescador de Biarritz, se deslizaba á menudo en secreto hasta esa gruta cuando subía la marea. El ermitaño de Bidar la dió un rosario bendito para que sin peligro pudiera estar allí, pero había de tenerle siempre en la mano. Un día se olvidó de rezarle; entonces parece que se oyó el ruido de las alas de su ángel guardian que se marchaba gimiendo, y la marea subiendo más que de costumbre, ahogó á los dos amantes.

Comentando esta leyenda, que explicaba la devoción de Naira en el umbral de la gruta, llegaron nuestros viajeros al castillo de Bidache.

A pocos pasos de la puerta principal se apearon, y la jóven, mirando el castillo, dijo entonces á su compañero con un acento singular:

— ¿Hace mucho tiempo, Gaston, que no habeis visto esas torres?

— Sí, Naira, mucho.

— ¿Cuántos años?

— ¡Hace quince años hoy mismo, aniversario de la muerte de mi madre!

— ¿Ya sabeis que el señor se ha vuelto á casar?

— Sí, con una mujer mala, segun dicen nuestros marineros vascuences.

— Gaston, me llaman la bruja de Biarritz porque me paseo con una antorcha por las rocas en las noches de tempestad, con el fin de salvar la vida á los pobres marinos, y porque este viejo caballo blanco me sigue á la voz como un perro; — pero á vuestra madrastra la deberían llamar el demonio de Bidache, porque no creo que se pueda hallar otra tan malvada como ella en la comarca de Pau á Pamplona.

— Eso me han escrito, Naira, y me han dicho además que dominaba á mi padre...

— Completamente; tiembla á su voluntad como una caña al viento.

— Vamos pues á devolverle el valor, y que conozca la extranjería al hijo de la casa.

— Aquí os espero, Gaston; tengo el presentimiento de que nos veremos juntos á Biarritz.

— No, respondió el jóven, me has dado hospitalidad en tu casa, y yo quiero dártela en la mia.

Y á pesar de su resistencia la arrastró al castillo y llamó como un amo. A los golpes que resonaron en la puerta con violencia, respondieron los ladridos de los perros; luego se oyeron pasos en el vestíbulo, y una voz ronca é irritada preguntó quién era.

— Tu jóven amo, respondió el marino, Gaston de Bidache.

Subyugado por la autoridad de esta voz acostumbrada al mando el servidor obedeció; pero á la vista de Gaston vestido de marinero y acompañado de Naira, sintió amargamente su imprudencia.

Con el fin de prevenir los malos resultados corrió y advirtió á su señora; esta se vistió de prisa y bajó al salon donde perdió la palabra de furor al distinguir á Gaston con la muchacha.

Gaston sin embargo se acercó á su madrastra y la expuso en pocas palabras el mal estado de su fortuna y los motivos de su regreso. La baronesa, mujer alta, seca y cuyas duras facciones tenían un reflejo siniestro que la daba su negro capuchon, le escuchaba sin hacer un movimiento.

Pero cuando manifestó la esperanza de hallar una buena acogida en el hogar de sus padres, ella mostrándole la puerta friamente le dijo:

— Salid, mi esposo no reconozca jamás por su hijo al marinero de un buque mercante.

— Señora, respondió Gaston, hay pájaros que hacen su nido en el Océano y que mueren á veces queriendo cubrir mejor á sus pequeñuelos con sus alas.

— Salid con vuestra compañera, ó mandaré que os echen.

— No saldré sin haber visto á mi padre.

— ¿Y si no quiere veros?

— Es imposible; aunque me lo dijeran no lo creeria.

— Venid, murmuró ella lanzándole una mirada de odio; él mismo os lo dirá.

Gaston tomó una luz y siguió á la baronesa que volvió á subir lentamente la escalera de piedra fría y silenciosa como un espectro. Repetidas veces se oyó resonar en los corredores la voz de Gaston, que al cabo volvió á presentarse de repente con los cabellos en desorden y las manos trémulas.

— Tenias razon, dijo á Naira que se habia refugiado

en un rincon del vestíbulo, mi padre no quiere verme ya y permite á la madrastra que me arroje de casa. Volvamos á Biarritz cuanto antes, para saber en seguida si todos los corazones me están cerrados. En el castillo de Saint-Pé se halla el hermano de mi madre. Vamos allá y veremos si le queda un pariente al pobre marino.

— Gaston, exclamó la jóven cuando salieron del castillo, seguidme.

— ¿Adónde?

— Allí, contestó señalando á unos saucos que se encontraban á la orilla de Bidouze.

Gaston la siguió y no tardó en encontrarse en el humilde cementerio de la aldea; deslizándose como un fantasma entre los árboles y las tumbas, se fue derecha á una piedra rodeada de yerba muy alta y dijo á media voz:

— Gaston, arrodillaos aquí y llorad, pues vuestro corazón está oprimido; la que duerme bajo esa lápida se despertará al sentir vuestras lágrimas y os consolará.

— ¿Aquí han traído á mi madre? ¡Oh, Naira! gracias, gracias.

— Los muertos consuelan, dijo la jóven, en tanto que Gaston cubria la piedra de besos y de lágrimas.

Gracias á la idea de Naira que con su tacto femenino adivinaba que un gran dolor necesitaba una expansion grande, Gaston salió del cementerio mas aliviado.

Habia amanecido y con la luz brillante del día Gaston recobró su calma. ¿Cómo no amar la vida, cómo desesperar de la felicidad cuando las nubes rosadas de la mañana flotan al levante, cuando el sol se sonríe á través de los árboles, y que en cada hoja que cae en la yerba resplandece una perla de rocío?

En el trayecto que hizo con la hermosa Naira por los bosques para llegar mas pronto al castillo de Saint-Pé, Gaston se habia preparado á todos los desengaños; y sin embargo, á pesar de la experiencia de la víspera, no podia menos de creer aun en el afecto de su tío. Rebozando de júbilo cuando distinguió las torrecillas rojas del castillo, exclamó:

— Naira, ahí está nuestro puerto; por el placer que siento al verle me parece que esos árboles y esos muros me reconocen.

Por toda respuesta Naira entonó con su voz melodiosa el viejo cántico nacional:

Nouste Dame deü Cap deü Poun,

Ayudat nos ad aquest hore:

Pregatz per nos au Diou deü Ceü

Que nos boille delioura leu.

Tout d'inquaü haüt monte l'implore,

Nouste Dame deü Cap deü Poun

Ayudat nos ad aquest hore.

(Nuestra Señora del Cabo del Puente; — ayudadnos ahora; — rogad por nosotros al Dios del cielo; — para que quiera libertarnos pronto. — Hasta por encima de los montes te imploro; — Nuestra Señora del Cabo del Puente, — ayudadnos ahora.)

— ¿Dudas y temes un mal recibimiento? Ven y verás, dijo Gaston con confianza.

El señor de Saint-Pé, el primer cazador de lobos de la comarca, se disponia á salir para la caza.

Ya sus ojeadores marchaban delante, y los ladridos de los perros se mezclaban en el patio á los relinchos de los caballos.

Insolentemente despreciado por la servidumbre, Gaston experimentó mucho trabajo en penetrar con Naira, á quien todos injuriaban, hasta el salon donde almorzaba su tío. Inmóvil en su sillón, este personaje siguió bebiendo impertérrito su novena copa de Jurançon y ni siquiera volvió la cabeza.

Gaston estaba encendido de cólera.

Acercándose al hermano de su madre y saludándole cortés le dijo:

— ¿Tío, vuestros lacayos han desfigurado mi nombre que parece no me reconocéis?

— ¿Por quién os queréis hacer pasar?

— Por lo que soy, tío.

— Si hubiera yo de reconocer á todos los vagabundos, respondió el señor en medio de las risas de sus convidados, no hay duda que pronto tendria una caterva de sobrinos.

— Soy el hijo de vuestra hermana, Gaston de Bidache, dijo el jóven con un acento y un ademán cuya nobleza llamó la atención de todos.

— ¿Y qué queréis aquí?

— Vengo á cumplir la palabra que mi madre comprometió por mí en su lecho de muerte...

— ¿Cuál es?

— La de casarme con mi prima.

— Una sola pregunta, señor sobrino; ¿habeis hecho el comercio?

— No lo niego, dijo Gaston con altivez.

— Pues habeis degenerado; ya no sois noble y estoy libre de mi promesa.

— ¿Y yo tambien lo estoy de la de mi madre?

— Lo reconozco solememente.

— Ya ve; Naira, dijo Gaston volviéndose hácia la jóven; yo tambien soy un maldito.

— ¡Oh! exclamó ella deshaciéndose en lágrimas; ¡arrojaros de aquí con esa dureza!... ¡vos, tan bueno porque sois pobre!... ¿Porqué Dios no me ha dado á mi mas que desesperacion y vergüenza?

— Dios fué mejor para tí de lo que crees, Naira; te ha hecho noble entre todas por tu corazón y tu hermosura, y la felicidad que no esperabas resplandece para tí

pura y suave como el alba matutina. Mis parientes me rechazan todos porque me creen desgraciado; pues ha de saber que vuelvo del Perú con un buque cargado de oro, y á tí que me has salvado la vida y que has sido la única que te has compadecido de mis penas, te pertenecen mi mano, mi fortuna y mi corazón.

Naira resistió en vano, y en vano tambien su tío, su padre y su madrastra que se enternecieron al saber que era millonario, corrieron á él con los brazos abiertos. Gaston de Bidache fué sordo á todas sus instancias, y burlándose de la preocupacion popular se casó con la que llamaban la bruja de Biarritz.

Un recuerdo de amor.

(Conclusion.)

» La dulzura de mi carácter, la viveza de mi inteligencia me conquistaron algunos corazones. Pacheco hizo amistad conmigo por aquel tiempo, él solo me animaba y me decía que no desesperase de ser feliz. Sosteníanme ¡ay! estas ilusiones; sin embargo, á pesar de la oposicion de su amistad, seguí el instinto que me llevaba á la soledad. A los veinte años vine á encerrarme para siempre en el retiro que Vd. ha visto... allí, solo con la naturaleza y con el estudio, fortifiqué mi alma. Cultivaba mis flores durante el día, me encerraba con mis libros en mi estudio durante la noche. Así viví muchos años sin ser muy desgraciado.

» Era tan bella para mí la naturaleza, su espectáculo tan imponente y siempre tan nuevo, que si hubiese podido olvidarme enteramente de mí mismo, me hubiera bastado, pero todo me recordaba mi destino. Cuando por casualidad encontraba á alguna muchacha del campo, separaba de mí la vista, y con una exclamacion cuyo sentido comprendia demasiado bien, echaba á correr. Era horroroso, repugnante, lo sabia. Conocia mi deformidad, me causaba yo horror á mí mismo, porque con el sentido de la belleza moral habia recibido de la naturaleza un exquisito sentido para apreciar la belleza física, y falto de esta me rodeé de sus imágenes; amaba las artes y sus obras maestras. Hasta entonces al menos mis padecimientos eran tolerables, podia luchar con ellos y vencerlos: mas tarde me ha sido imposible.

» No sabe Vd. cuántas emociones y noches de insomnio me causó la noticia de su llegada y la de su sobrina. Dos jóvenes y lindas mujeres venian á vivir á mi vecindad; deberes de amistad y sociedad me obligaban á visitarlas. Tal era mi deseo, pero temia espantarlas. En vano Pacheco trató de disipar mis temores; los comprenderá Vd., señora, y adivinará las angustias por que he pasado, cuando le diga que el día que vinieron á mi hacienda me hallaba allí temblando, traspasado de tristeza, siguiéndolas con la vista, sin atreverme á ponerme en su presencia.

» Oculto detrás de una cortina de la ventana del piso principal, vi á Vd. y á ella apoyadas en los dos naranjos que habia á la puerta de la casa, y cuyas ramas se mecian sobre sus dos lindas cabezas. Vi á Conchita, hermosa, sencilla, interesante, y encantada con la vista de mi jardín; oí sus palabras y las de Vd. y concebí un sueño insensato. Fuí feliz durante algunas horas, habíase separado mi alma de tal modo de mi cuerpo, que no sentia ya el tormento de tenerle. Vivía en un mundo ideal, era amante, inteligente, generoso, era digno de ella: ¡me creí ser correspondido! Cuando se separaron Vds. anduve errante toda la noche recorriendo las calles por donde Concha habia andado, besando la tierra que habia pisado, abrazando ardientemente su imagen. Era mia: ¡la estrechaba en mi ardiente pecho! ¡y con esta ilusion entré en mi desierta casa!

» Al pálido resplandor de la luz que iluminaba mi cuarto, vi al entrar reflejarse en un espejo mi rostro; retrocedí espantado y volví á caer en la realidad. ¡Nunca, nunca seré amado! exclamé, y lloré. Entonces rogué al cielo acelerase el curso de mis años; hubiera deseado convertirme repentinamente en un viejo. ¡Pero sentir dentro de mí todos los instintos, todos los deseos, todos los fuegos de la juventud, y estar condenado á un eterno aislamiento!... El mundo se burla de la fealdad como de una cosa ridícula. ¡Ah! mejor debiera compadecerla como una incurable enfermedad!...

» Abatido, desesperado cada día mas á pesar de las instancias de mi amigo Pacheco, rehusé que me presentase á Vds., de quienes solo huía en apariencia. Yo las seguia oculto á todas partes, yo las veia á todas horas. ¡Qué linda estaba Conchita! Así respiraba sin cesar el veneno que me mataba, y me moria poco á poco lleno de felicidad.

» La noche del concierto yo no queria verla, sino solo oirla, á pesar de la promesa que me habia arrancado Pacheco; pero fué mas irresistible la atraccion de mi amor que mi propósito, y entré en la sala. Lo olvidé todo, no ví mas que á ella, no oí mas que su divino canto. Transformado por entusiasmo, no era ya un hombre, era una inteligencia etérea. ¡Cuán infeliz fui por algunos instantes! Cuando cesó el canto quise salirme, ya no era tiempo. Pacheco me cogió del brazo y me presentó á Vd. Sentime perdido, hubiera pedido implorar piedad del alma de Vd., pero no es el alma la que juzga de la fealdad, sino la mirada, ¡y la de Vd. fué inexorable! Quise alejarme antes que ella me hubiese visto. Tuve una fatal debilidad, volví la cabeza para verla aun otra vez; ¡en aquel momento Vd. me enseñó á ella! Su mirada fué como la de Vd.; leí en ella su espanto. Al salir me dejé caer sobre un banco del jardín; desde allí oí la con-

versacion que tuvo Vd. con ella. Yo estaba allí, señora, yo estaba allí cuando le dijo á Vd. : he amado ocho dias su imagen.

» ¡Hubiera podido ser amado de ella ! Si la naturaleza no me hubiera tratado como madrastra, hubiera podido unirme á esta mujer tan hermosa. ¡Qué cuadro desplegaron sus palabras en mi imaginacion ! Veíala en mi soledad, embellecida con su presencia, en mis amantes brazos veíala esposa y madre, rodeada de los inmensos bienes que podia darla, de mi amor aun mas inmenso... Toda esta lontananza de delicias desapareció, y me sentí mortalmente herido. Desde aquel dia me he ido acabando y consumiendo poco á poco; y aseguro á Vd. que no sentia concluir mi vida. Esta muerte será útil á los pobres, á quien les dejo mis bienes. No le diga Vd. nada de lo que he sufrido; pero dígame Vd. que no desprecie el ruego de un desgraciado, el capricho de un muerto. Que acepte los dos cajones de naranjos cuyas ramas en flor la embriagaron un instante; que les dé un asilo en su habitacion; que respire alguna vez el perfume de su azahar, y que piense que tal vez en aquel instante mi errante sombra girará en torno de ella.

» Quede Vd. con Dios, señora, y ruegue Vd. muy eficazmente á Conchita que no rehuse este regalo de un difunto, y que se acuerde todos los años de él al ver renovar su azahar, no tan puro, no tan blanco como ella... »

Esta triste carta que hará toda una elegía, entristeció considerablemente á toda la familia de Pacheco.

Conchita se casó algunos años despues, perdiendo muy pronto á su marido, al que no tardó en seguir al sepulcro. Conservó toda su vida los naranjos, que eran para ella un recuerdo del amor que habian inspirado su juventud y sus gracias. A su muerte fueron vendidos estos naranjos, que trasplantados, figuran hoy convertidos en dos hermosos árboles á la entrada de la magnífica hacienda de Buena-Esperanza, una de las mas hermosas posesiones que embellecen los alrededores de la reina del Guadalquivir.

J. MUÑOZ GAVIRIA.

Las galerías

de
SAN HUBERTO
EN BRUSELAS.

Esta maravilla, de origen reciente, pues su fundacion data de 1847, es un pasaje ó una galería; se llama: las galerías de San Huberto. Sin disputa es el monumento mas vasto y hermoso en su clase, que hasta hoy se haya construido en el mundo.

Además estas galerías son útiles, pues ponen en comunicacion dos barrios importantes de la capital de la Bélgica. Establecidas en el centro de la ciudad, en medio de las calles mas frecuentadas, sirven de paseo cubierto á la gente y de bazar á todos los consumidores de la poblacion.

Haremos la historia de su construccion en breves líneas. — La villa habia votado hace años ya la abertura de una calle que no se llevaba á efecto por falta de re-



Fachada de las galerías de San Huberto, en Bruselas.

curios, cuando el arquitecto M. Cluysenaar sometió al gobierno del rey el proyecto y los planos de las galerías de San Huberto. El gobierno se apresuró á declarar la obra de utilidad pública, y acordó á la compañía que se presentara para ejecutarla el derecho de expropiar todas las fincas comprendidas en el sitio de las galerías proyectadas.

Al punto M. De Mot, banquero, despues de haber obtenido de la villa de Bruselas un minimum de interés de 75,000 francos por año, constituyó una sociedad anónima y se principiaron las obras, que fueron continuadas con una actividad extraordinaria. El 6 de mayo de 1846 el rey de los belgas puso la primera piedra, y el 20 de junio del año siguiente inauguraba las galerías concluidas. Por su propia mano condecoró al arquitecto M. Cluysenaar y al banquero M. De Mot.

El gasto total fué de 3.250,000 francos.

Merece señalarse el sistema financiero de la sociedad.

El verdadero capital social solo era de 1.200,000, representado por 6,000 acciones de 200 francos llamadas de capital.

na y de la plaza Mayor en la encrucijada de cuatro calles, y esta línea desemboca en la plazoleta formada por otras cuatro calles á pocos pasos de la plaza de la Moneda.

De la primera galería llamada de la Reina depende un mercado de flores elegante, que teniendo una salida á la calle de la Montaña, forma un ramal muy útil como via de comunicacion. La galería superior está destinada á la venta de ramilletes, canastillos, etc.; en el piso bajo están las plantas, los arbustos, etc.

La segunda galería llamada del Rey, tiene un ramal de 4 metros de ancho llamado *pasaje del Principe* que pone en comunicacion esta galería con la calle de los Dominicanos. En esa galería se halla tambien un teatro cuyas buenas disposiciones y excelente situacion causan mucho perjuicio al teatro Real. La boga del teatro de las Galerías fué muy grande; así la villa de Bruselas para hacer desaparecer una concurrencia que podia concluir quizá con el teatro Real, tomó el teatro de las Galerías por su cuenta y dió la explotación al empresario del teatro Real. Este permanece cerrado durante cuatro meses del año.

El terreno ocupado por las galerías de San Huberto tiene una superficie de una hectárea.

Las construcciones tienen tres pisos además del bajo.

El bajo está adornado de pilares de mármol que se apoyan en un basamento de igual naturaleza y suben hasta el establecimiento que se encuentra sobre el entresuelo. El primer piso está adornado con columnas jónicas, y el segundo tiene un ático elegante. — Esta arquitectura cortada con estatuas y bajos-relieves, presenta un conjunto rico y monumental. La techumbre de cristales es notable por su tamaño y ligereza, y está puesta de modo que deja libre paso al aire estéril.

Las dos fachadas principales recuerdan la arquitectura interior, pero el ático está reemplazado por un órden corintio.

Ocupan el piso bajo los almace-



Vista interior de las galerías de San Huberto, en Bruselas.

nes, los cafés y las fondas, establecimientos prósperos á causa de la mucha gente que siempre circula por las galerías. Los locales son mas ó menos grandes; algunos son muy vastos.

Los pisos superiores se hallan divididos en habitaciones y en grandes locales donde se reúnen diversos círculos y sociedades particulares.

Eclipse de luna

DEL 27 DE FEBRERO DE 1858.

El sábado 27 de febrero á las 10 y 14 minutos hubo luna llena, es decir, que el sol, la tierra y la luna se encontraron los tres en la misma línea, hallándose situada la tierra entre los dos astros.

El eclipse fué solo parcial. Todos los habitantes de la Europa, del Africa, de casi toda el Asia, los del Sur de la Islandia y por último del Brasil, pudieron disfrutar de tan interesante espectáculo.

A las 7 y 56 minutos, tiempo medio de Paris, la luna entró en la penumbra. (La figura que acompaña muestra á la luna en tres posiciones diferentes, al principio, á la mitad y al fin del eclipse.)

La primera á la derecha representa la entrada en la sombra á las 9 y 19 m. 4 s., tiempo medio de Paris; la

de en medio, allí donde el eclipse habrá llegado á su maximum á las 10 y 23 m. Como únicamente los tres décimos de la superficie visible de la luna se eclipsaron, el eclipse fué parcial. La tercera posición representa á la luna saliendo de la sombra á las 11 y 26 m. 5 s.; por último, la luna sale de la penumbra á las 12 y 51 m.

Aunque la figura que damos aquí se explica fácilmente á la simple vista, no obstante, creemos útil recordar que estando alumbrado por un lado todo cuerpo opaco como la tierra, deja detrás de sí un cono de sombra bastante largo, que en el caso presente llega á 108 diámetros terrestres (la luna dista de la tierra treinta veces su diámetro).

Si otro pequeño globo como la luna girando en torno de la tierra viene á pasar sobre la misma línea que une el sol, la tierra y la luna, es evidente que la luna tendrá que pasar por el cono de sombra; entonces quedará oscurecida; es lo que llaman *eclipsada*.

Las tintas cobrizas, azuladas, verdes que se notan en la luna, no son generalmente bien distintas sino por un eclipse total.

Aprovechamos este fenómeno celeste para extendernos un poco sobre nuestro satélite, el mas bello ornato de la bóveda celeste, después del sol.

Como la luna recorre una curva en cuyo interior se encuentra la tierra y no deja jamás nuestro globo, por eso la hemos llamado nuestro satélite. La luna tiene un movimiento propio del Occidente al Oriente; su revolución sideral era al principio del siglo de 27,32 dias

solares. Comparando las antiguas observaciones hasta nosotros, vemos que la revolución sideral se ha hecho

sa de una ilusión de óptica debida á la grande intensidad relativa de su luz. La luna no tiene como el sol una

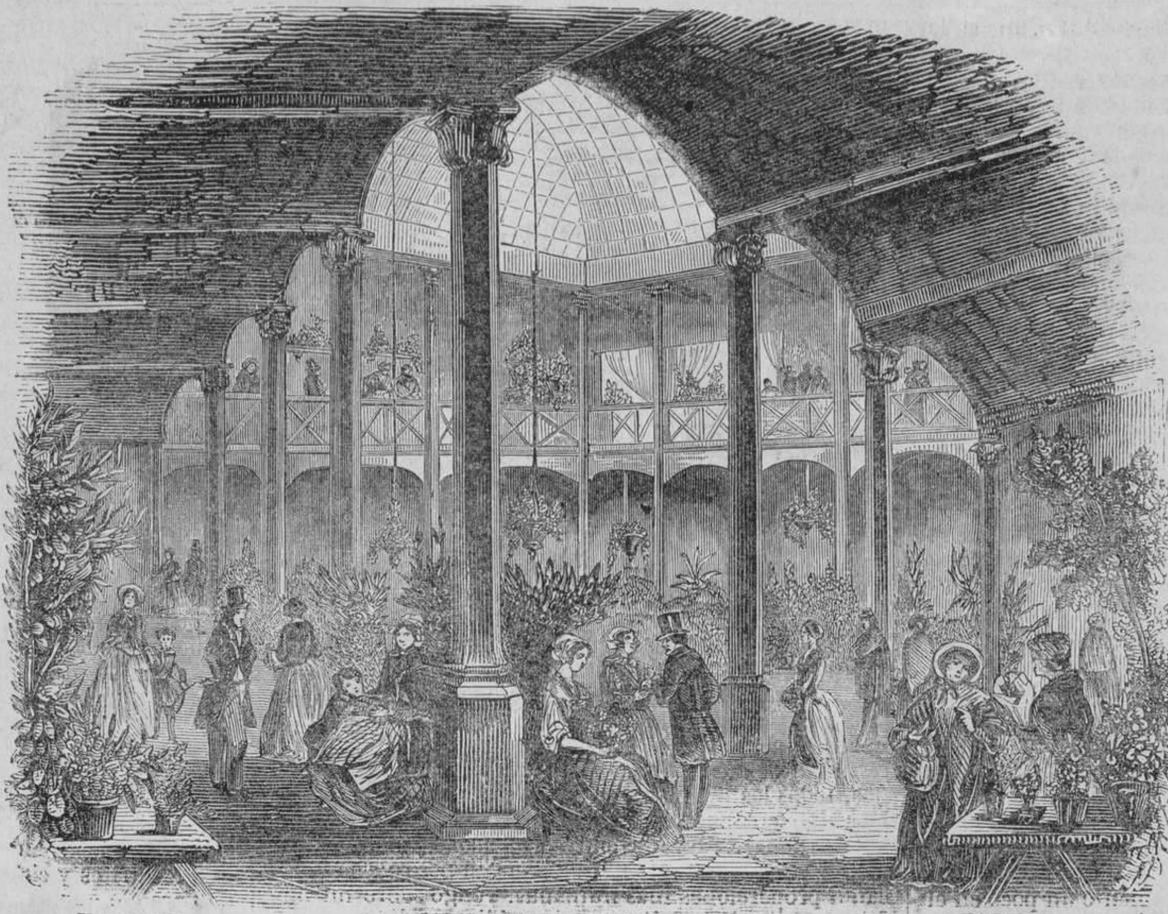
cada vez mas corta. Conocida la causa de la aceleración de la luna, el retardo no será largo en producirse.

Hallándose la luna mas cerca de nosotros que el sol y las estrellas, debe un dia *ocultar* ó *eclipsar* á su paso cada estrella ó planeta comprendido en una zona de cerca de un grado á cada lado por causa de la paralaxis que desvía otro tanto el centro de la luna para el observador situado en la superficie de la tierra. El sol tambien desaparece en todo ó en parte bajo el disco de la luna, es decir, un *eclipse de sol*, fenómeno astronómico accidental que causa siempre la mas viva impresión en los hombres y en los animales. Quizá volveremos á tratar de este punto á propósito de los dos eclipses de este año; por el momento nos limitamos á señalar lo que puede interesar sobre la luna.

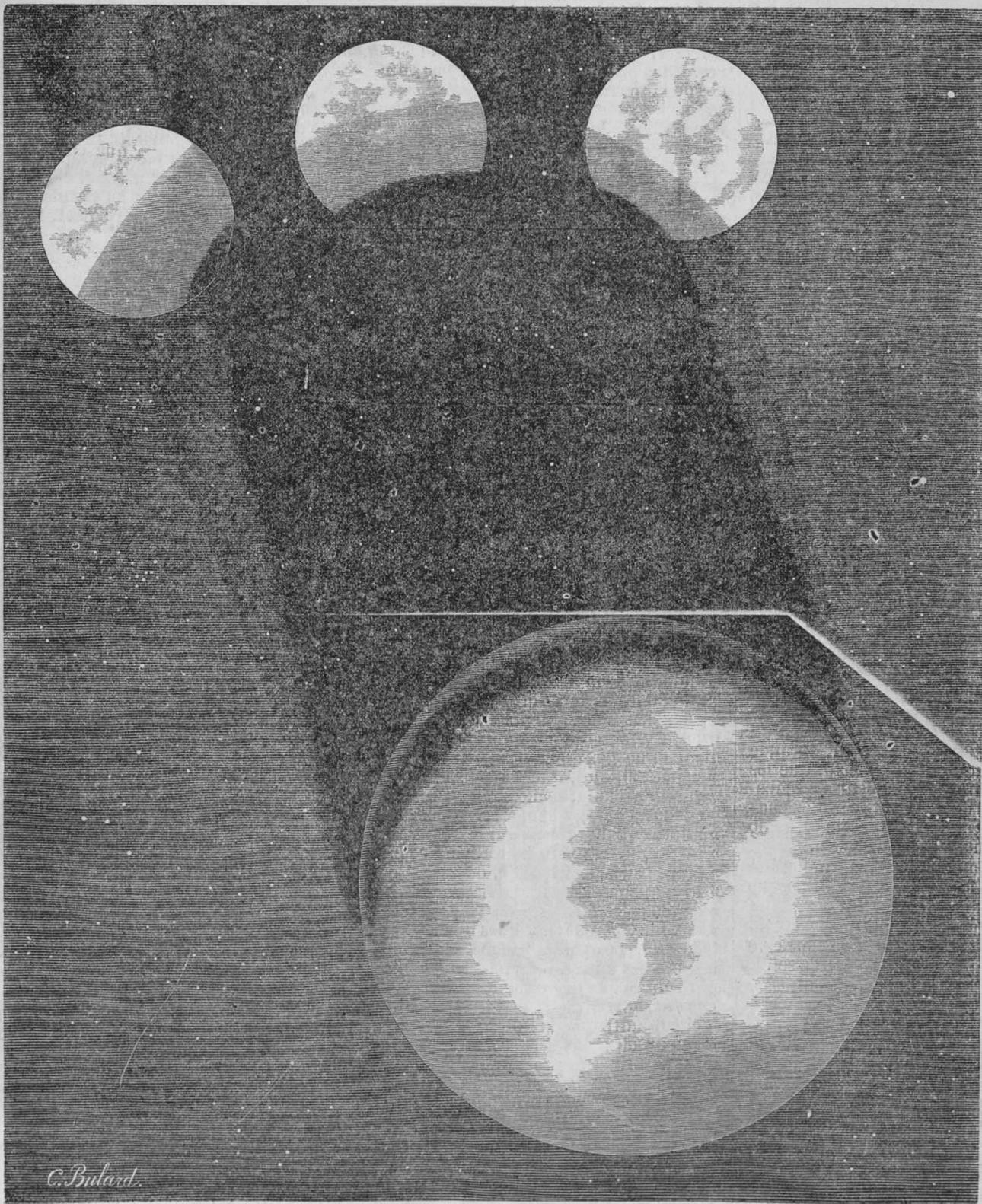
La existencia del disco completo, aun cuando no haya luna llena, se manifiesta tambien independientemente de las ocultaciones y de los eclipses. Con la simple vista se puede descubrir algunos dias antes y después de la luna nueva, como un círculo pálido de donde parece destacarse la media luna, por causa de una ilusión de óptica debida á la grande intensidad relativa de su luz. La luna no tiene como el sol una luz que la sea propia. La variación de forma de la parte alumbrada que comienza por un simple filete semi-circular y crece gradualmente para mostrarnos en fin un disco completo, nos da perfectamente la idea de un cuerpo esférico.

Las variaciones mensuales ó fases provienen de que la luna es un cuerpo opaco, alumbrado por uno de sus hemisferios por el sol, y que refleja en todos los sentidos la luz que recibe. No es pues extraordinario el pensar que un cuerpo sólido alumbrado de esa manera, refleje bastante luz para devolvernos rayos bastante brillantes todavía. Las nubes nos dan á menudo la representación de este fenómeno, y la intensidad luminosa de este último es casi tan grande como la de la luna.

En un eclipse de luna, esta entra primeramente en la penumbra y luego se mete en la sombra por grados. El lado de sombra producido por la vasta dimensión de la tierra, se extiende mucho mas allá de la distancia de la luna. Según la distancia y las dimensiones de la luna, la punta del cono de sombra cae siempre no lejos de la superficie de la tierra; pero unas veces el cono pasa y otras es demasiado corto para alcanzar. En el primer caso se forma en la superficie de la tierra una mancha negra rodeada de una tinta menos sombría. El eclipse es total ó parcial, según como se halla colocado el espectador, esto es, en la sombra ó en la penumbra, fuera de la cual no hay eclipse. Si por un instante solamente la punta del cono cae sobre un punto de la superficie de la tierra,



El mercado de las flores en las galerías de San Huberto.



C. Bulard.

entonces la luna cubre exactamente el sol. En fin, si la punta del cono no alcanza á la superficie terrestre, no hay eclipse total para ningun lugar de la tierra; pero un espectador situado en la proximidad de la prolongacion del eje del cono, verá el disco entero de la luna sobre el sol que le pasará por todos lados; este espectador será testigo de un eclipse anular.

La luna no tiene nubes ni nada que indique la presencia de una atmósfera, y en ella deben suceder calores insoportables á los frios mas rigurosos, siguiendo las fases de nuestro satélite. Conocemos mejor la constitucion física de la luna que la de ningun otro cuerpo celeste, y nuestros lectores pueden hallar en la coleccion del *Correo de Ultramar* representaciones totales y parciales de ese astro que nos dispensan de insistir en esa parte interesante de nuestro asunto.

En cuanto á la poblacion de la luna, cada cual puede dar rienda suelta á la imaginacion; la falta de aire no nos deja la posibilidad de admitir que puedan encontrarse en su superficie seres vivos análogos por su organizacion á los que existen en nuestro globo, así como tampoco ninguna vegetacion, ni modificacion ninguna que pueda atribuirse á un cambio de estacion.

Los veranos y los inviernos de la luna no pueden depender sino de su movimiento de rotacion en torno de su eje, que se cumple en un periodo igual exactamente al de la revolucion sideral en torno de la tierra.

La rotacion de la luna en torno de su eje es un forme, y puesto que no lo es su movimiento en su órbita, resulta de aquí que segun las circunstancias podemos distinguir al Este ó al Oeste algunos grados de su círculo ecuatorial, además de una media circunferencia.

A mayor abundamiento, como el eje de rotacion no está perpendicular exactamente al plano de la órbita, los dos polos se avanzan alternativamente un poco en el interior del disco visible. Estos fenómenos son conocidos con los nombres de *libraciones* en longitud y en latitud. Resulta de uno y otro que el mismo punto físico de la superficie de la luna no coincide constantemente con el centro del disco, y que descubrimos sucesivamente una zona de algunos grados de anchura en torno del borde, además de un hemisferio exacto.

Para terminar citaremos un capítulo de la admirable *Astronomía popular* de Arago, sobre el cálculo de los eclipses:

«... Supongamos que se trata primero de un eclipse de sol. Con ayuda de las tablas de la luna y del sol, las cuales están calculadas para un observador que se encuentra situado en el centro de la tierra, se verá el modo de determinar los instantes de todas las lunas nuevas, es decir, los instantes de las conjunciones de nuestro satélite con el sol. Estas mismas tablas dan á conocer, para las épocas una vez determinadas, las latitudes de la luna. Si la latitud del punto del disco lunar mas próximo á la eclíptica es inferior al medio-diámetro del sol, la conjuncion será eclíptica; si la latitud pasa el medio-diámetro del sol, no habrá eclipse para un observador situado en el centro de la tierra. Sobre esto debe notarse que al pasar del centro á la superficie, es posible que por el efecto de la paralaxis de la luna, la conjuncion que no era eclíptica vista del centro, lo sea en la superficie y recíprocamente; que un eclipse parcial que tendría lugar visto del centro, cesara de existir cuando el espectador se trasportara á otro punto de la superficie. Así se comprende porqué las efemérides astronómicas dan de antemano bajo la denominacion de eclipses generales, las horas del principio y del fin del eclipse solar para un observador colocado en el centro, y cómo estos resultados deben modificarse cuando se supone al observador situado en la superficie del globo en tal ó cual ciudad.

Los eclipses de luna se calculan del mismo modo que los del sol; se determinan tambien por medio de las tablas los momentos de las oposiciones ó de las lunas llenas; para estos momentos se ve si la latitud correspondiente del punto de la luna mas próximo á la eclíptica, es mas grande ó mas pequeño que el medio-diámetro del cono de sombra, y así se saben cuáles son las oposiciones eclípticas y cuáles no lo son. Unicamente es preciso advertir que siendo ocasionados los eclipses de luna por el paso real del astro al cono de sombra, por la extincion de su luz, y no siendo en manera alguna un efecto de proyeccion, la paralaxis mas ó menos grande de nuestro satélite no tiene aquí ningun efecto, que los eclipses de luna se presenten con las mismas circunstancias en todas las regiones de la tierra, para las cuales el astro está situado sobre el horizonte, esto es, como en toda la extension de un hemisferio terrestre.

No hay que perder de vista esta diferencia que existe entre los eclipses de luna y los eclipses de sol, porque en efecto es capital.

Las tablas del sol y de la luna prueban que, por término medio, se pueden observar en toda la tierra 70 eclipses en diez y ocho años; 29 de luna y 41 de sol.

Nunca en un año puede haber mas de siete eclipses y nunca menos de dos.

Cuando el número de eclipses se reduce á dos en un año, entrambos son de sol.

En todo el globo el número de eclipses de sol es superior al número de eclipses de luna, casi en la proporcion de 3 á 2. Al contrario, en un lugar determinado por la razon que acabamos de explicar sobre la visibilidad constante de los eclipses de luna en todas las regiones de la tierra donde la luna brilla en este momento, hay menos eclipses de sol que de luna. Por no haber hecho esta distincion los compiladores, han caido en el error

mas singular: han creado mas eclipses de luna que de sol, aplicando al globo entero una cosa que solo es verdadera para cada punto en particular.»

Una cruzada contra el traje femenino.

Esta cruzada es universal; en Australia, en California, en los periódicos de París y de Madrid y en las revistas de Londres, teólogos, poetas, hombres políticos, radicales, unitarios, trinitarios, whigs, toris, disidentes de todas las escuelas, pintores de todos los matices, partidarios de Watteau, discípulos de David, copistas de Boucher, legisladores, anotadores, neoplatónicos, neocristianos, neovolterianos, neothurgistas, servidores de mesas que hablan y de armarios que vaticinan lo porvenir, filósofos, positivistas, místicos, supernaturalistas, fusionistas y soldados de la fe *vintrassiana* — una soberbia religion flamante — ; todos están de acuerdo sobre un punto, y es que las mujeres van hace algunos años horriblemente vestidas, causando desagrado el verlas, siendo peligrosas para acercarse á ellas, difíciles en su transporte, de locomocion casi imposible, y muy costosas á los maridos.

Y aunque esto se lo repiten en mil tonos, ellas hacen oídos de mercader, y siguen impávidas siendo cada vez mas vastas, mas monumentales y mas desproporcionadas. « ¡ Su paso y su ademan las declaran diosas! *Incessu patent dea.* » Todas las lenguas antiguas y modernas, todos los pueblos, todas las clases de la sociedad se levantan en masa contra la inmensidad de las faldas, las anatematizan y forman coro, aconsejando y mandando á las damas que se moderen un poco y se reduzcan á proporciones mas humanas. Tengo sobre mi bufete doce tomos, escritos en cinco idiomas diferentes, y cuyas páginas están llenas de críticas y epigramas sobre los excesos mujeriegos en materia de trajes. ¡ Pero ni por esas! Tanto caso hacen ellas de la sátira como de los estadistas de los Estados Unidos, que con auxilio de sus doctas columnas y de guarismos bien alineados, les demuestran que tanto por la muselina, tanto por el miriñaque, tanto por el almidon, tanto por las ballenas, tanto por el alambre, tanto por las flores artificiales, tanto por la cera que adhiere las pilastras del monumento y el bramante que sostiene las bóvedas y asegura los contrapesos, — sin contar el hierro, el laton, la plata, el acero, las perlas, la porcelana, los minerales arrancados de la tierra y las plumas tomadas de las aves, y sin contar los vellones hilados, la seda devanada y convertida en tejido, el trabajo de los artistas, el gasto de los marineros y el flete de los buques — ; les demuestran, repito, que todo esto compone un total formidable, cuyo pasivo ha acarreado en los Estados Unidos la última crisis, y por consiguiente en el resto del mundo.

Si las damas atacadas por este lado se tomasen el trabajo de respondernos, sé muy bien que dirian á los estadistas y á los satíricos: « Si nos encontrais feas, vosotros nos pareceis horribles. ¿ Qué diremos de vuestras piernas encarceladas en feo paño negro ó gris, y que terminan por ridiculas botas de cuero que barnizais? ¿ qué de ese lindo instrumento llamado sombrero, que nada protege y para nada sirve, que se parece á un tubo de estufa ó á un mueble de cocina, que os martiriza la cabeza, os deja sobre la frente una huella casi sangrienta y destruye la elegancia del cabello? ¿ Qué diremos de la preciosa invencion de vuestra levita ó frac que os cubre á medias, que nunca os sienta bien, y que haria inútil vuestro chaleco si este no fuera mas que otro fragmento de tela mal cortado y mas inútil aun? ¿ Y el conjunto? Miraos un momento: ¡ qué absurdo es! ¡ qué estirado, angosto, incómodo, caro, feo, desairado y complicado! Ofende á la vista, repugna á la razon. Además, habeis hallado el medio de no estar cómodos ni á gusto en ninguna estacion, pues vuestro traje, frio en invierno y caliente en el verano, no os abriga, ni os adorna, ni os cubre, ni os dura mucho. ¡ Y qué gracia teneis al quejaros de nuestros trajes! La *Revista de Westminster* (austero periódico, hijo de Jeremías Bentham) nos acusa en nombre de la filosofia positiva; un ferviente católico, M. de Doncour, levanta el grito á los cielos contra nuestras anchas faldas, un abogado de Boston, M. Butler, nos injuria y presenta el catálogo de lo que llevamos, añadiendo que nos quejamos de no tener « qué ponernos » siendo así, dice, que poseemos todo cuanto puede llevar una dama, como gorras, mantillas, sombreros, cuellos, chales y demás; vestidos para almuerzos, comidas y bailes; para sen arse, para andar y para estar tarse en casa; para bailar, para coquetear y para hablar; trajes de invierno, de verano y de otoño; y para todo quehacer y para no hacer nada; de todos colores, de todas las formas y de todas las materias, pero todos muy caros (1). » Pues bien, aunque tuviéramos todo esto, ¿ os parece mucho, caballero? Una alemana nos predica en estilo metafísico la reforma del traje, y nos suplica que nos vistamos como los hombres, porque « lo femenino entra en lo masculino, que confundiendo » el subjuntivo con el objetivo, y llegando á la identidad absoluta del ser, se va al *no yo por el yo*, y que no » se hará ningun progreso como yo se destruya la pasividad del *ewige weibliche* con el poder viril. » — Lo cual prueba hasta la evidencia que nuestros vestidos son demasiado anchos. Finalmente, en Boston existe una asociacion en forma, con su cajero, secretario y todo lo

demás, cuyo único objeto es destruir nuestros pobres vestidos.

« Defendámonos con empeño y usemos el lenguaje de la filosofia, siguiendo el ejemplo que acaba de dar la dama alemana. ¿ No somos acaso las mujeres los verdaderos termómetros de la situacion moral en que se hallan los pueblos? Cuando madama Roland iba al club, lo cual no me gusta mucho, se marchaba á la muerte resueltamente, lo cual admiro; y cuando Carlota Corday entraba en casa del ciudadano Marat, una y otra llevaban un traje ligero que permitia la rapidez de los ademanes y la viveza osada. En aquella época, una extraña mujer de carácter apropiado á tiempos tan borrascosos, madama Olimpia de Gouge, imprimia en el prefacio de su *Querubín*, pésimo drama: « Soy mujer y autor; llevo en mí dos tempestades. » Aquella mujer-huracan desapareció; no lo sentis, y teneis razon. ¿ No os gustan ahora los grandes gastos? Pues nosotras los hacemos. ¿ Y el dinero ganado pronto y tirado por la ventana? Nosotras os obedecemos. ¿ Y lo hueco, lo majestuoso, la falsa seriedad, la máscara de la formalidad, el vacío bajo la hinchazon, la incommensurable amplitud de los sistemas, ocultando lo hueco de las ideas, el seco egoísmo bajo el lujo de las frases, el desarrollo exterior y el relieve cubriendo la nulidad y la extension de las autobiografías á propósito de nada? Pues permitidnos la amplitud de nuestros vestidos, porque habeis de saber que no somos mas que lo que quereis que seamos. ¿ Son vuestras costumbres mas verdaderas que nuestros vestidos? »

¿ Qué responderemos á esta mujer obstinada y filosófica?

Es indudable que en el dia de hoy los miriñaques monumentales extienden su empeño por todo el mundo, y que los gritos y clamores de los filósofos forman un ruido paralelo que se aumenta al mismo tiempo, de modo que si llegan á hacer mas modestos los nuevos tonillos de las damas, conseguirán lo que nadie ha podido hasta ahora. Estos filósofos existían ya en el siglo de Shakspeare. El sabio Ben Jonson (que entre paréntesis era un espía de los ministros y cuyos informes de policia acababan de publicarse), reprendió severamente á sus contemporáneas. « ¡ Solo veo en vosotras, dice, alambre, y no » carne humana! Os equivocais al armaros con la » ralla de Vulcano, porque además de ser repugnante, » no es inexpugnable. » Algunos años despues, cuando la conjuracion de los españoles contra Venecia conmovió la Europa, las sayas se convirtieron en *guarda infantes*, y con su hinchazon y magnitud escandalizaron al gracioso y mordaz Quevedo, que en su sátira en prosa titulada *Fortuna consero*, trató de ridiculizar esta manía de magnitud, ó mas bien de amplitud, poniendo en escena una mujer que el pueblo toma por una campana y la cuelga como tal en medio de una plaza pública. Aunque se rieron de la sátira, las mujeres-campanas no desistieron de su manía, y las autoridades españolas condenaron entonces los guarda-infantes como habian anatematizado en 1623 los calzones de los hombres, que llegaron á ser tan anchos en España que podian servir de arsenal, y habiendo sabido Felipe II que su hijo Don Carlos llevaba dos pistolas cargadas en sus « inmensos cañones (*caliga de usu amplissima*) á la moda de la época, » segun dice de Thou, tuvo miedo de ser asesinado, y mandó que le registrasen escrupulosamente. Aquellos inmensos cañones, abandonados por el sexo masculino español en 1630, fueron al momento usurpados por las mujeres que se los apropiaron. Sully llevaba mucha tela en el pecho y pocos pliegues en las piernas, y los contemporáneos de Moliere volvieron á las modas españolas del siglo anterior, adoptaron los grandes calzones y descargaron el pecho. Las mujeres francesas se sostuvieron en equilibrio hasta la época de la Regencia, y en 1710, como si la vida de fiebre ingeniosa y de sensacion irregular que se llevaba entonces, las hubiese puesto fuera de sí y arrastrado lejos de los límites de la razon y de las formas naturales, empezaron á rodear su belleza por los inmensos tonillos que no cesaron de crecer y ensancharse, y que acabaron por tomar proporciones colosales. Uno de los descontentos que hacian gemir las prensas holandesas en 1720, y cuyo pésimo estilo preparaba sin embargo el ánimo de las masas á recibir las ideas que Montesquieu y Voltaire iban á hacer dominar, se expresa de este modo en un librito muy vulgar, titulado: *La bagatela*: « La horrible anchura de » los vestidos va cada dia en aumento. Las mujeres se » rán muy pronto demasiado anchas para los coches, á » no ser que se hagan coches demasiado anchos para las » calles. ¿ Porqué no vuelven los jóvenes á usar los antiguos calzones? Entonces sería absoluta la separacion » entre ambos sexos. »

La separacion no se realizó, y los tonillos crecieron en anchura, aunque los baluartes y trincheras se colocaron, ya á la izquierda, ya á la derecha, ya en circunvalacion, ya de lado. Voltaire, Pope, Swift, Canning y Montesquieu las atacaron, y todos se estrellaron contra los tonillos inmortales. El primero y terrible adversario que acabo de nombrar, Voltaire, asedió con frecuencia contra la fortificacion femenina su malicia oblicua y graciosa, pero en vano, y en Memmon el sabio retrató á las mujeres de su tiempo « llevando con desembarazo sus arcos de ochenta piés de circunferencia. » Montesquieu las ridiculizó tambien en sus *Cartas persianas*, y la Sorbona las anatematizó con igual éxito, siendo en esta cuestion del parecer de Voltaire y Montesquieu. La filosofia y la teología gastaron la pólvora en salvas.

En un libro en 12º, impreso en 1728, y titulado, *Caso de conciencia*, pregunta el autor: ¿ Es permitido llevar

(1) *Nothing to wear*, an Episode of fashionable life. (Low and C.)

tontillos? ¿Es permitido mirarlos? Y responde negativamente, añadiendo: «La hinchazon de los tontillos lleva en sí y presenta á la imaginacion la idea de la desnudez. La atencion que atrae, origina ideas y reflexiones obscenas, y la idea que queda mancha naturalmente el alma.» Otro autor menos escrupuloso, al hablar en una de sus novelas del miriñaque, dice por el contrario que debajo de sus pliegues se adivinan las formas opulentas que languidecen el ademan, y hasta afirma que estas formas sostienen un peso divino. No me atreveré yo á decir otro tanto.

En tiempo de Canning, los miriñaques no habian perdido una pulgada de terreno, aunque sucesivamente se achataron, alargaron, ensancharon, disminuyeron y tomaron las formas de óvalo, de círculo, de luna y de media luna. Solo la revolucion los destruyó completamente.

GREGORIO AMADO LARROSA.

(Se concluirá.)

Boletín científico.

POLICIA URBANA: — Dobles calles subterráneas. — Hemos leído en un periódico extranjero, dice la «Gaceta de los caminos de hierro» de Madrid, un notable artículo que vamos á reproducir adaptándole á nuestras necesidades y adicionando ideas que su lectura nos ha sugerido. Indudablemente hubiera tenido mas oportunidad antes de emprenderse las obras para la traída de las aguas del Lozoya, mas no por eso deja de ser oportuno, al paso que revela el espíritu inventor y audaz de nuestros vecinos los franceses, espíritu que puede verse confirmado en muchas de sus empresas, en los nuevos oasis del Argel, y en su proyecto de tunel submarino á través del Canal de la Mancha.

Peró nos circunscribiremos al proyecto que motiva el presente artículo.

Cada día que pasa, una nueva necesidad, un invento nuevo nos obliga á nuevas costosas perforaciones bajo el pavimento de las calles de nuestras poblaciones, y esto da lugar no solo á gastos frecuentes reproducidos que pudieran ser mas económicos, sino á que tengamos intransitables casi siempre los centros mas concurridos por las obras modernas y los reparos de las antiguas.

Las cañerías de aguas potables, los tubos para la conducción del gas, las alcantarillas para las aguas inmundas, pronto quizá los hilos eléctricos para las comunicaciones particulares, los caloríferos de agua y gas, los conductos acústicos, y quién sabe cuántas mas necesidades que irán haciendo sentir los adelantos científicos y el desarrollo de la industria, sin perjuicio de otras muchas á que desde luego podría atenderse como vamos á indicar con gran ventaja y economía.

A medida que la civilizacion avanza las construcciones antiguas hacen sentir la imperiosa necesidad de modificarse para ponerse en armonía con el nuevo estado de cosas.

En algun tiempo los carruajes no hacian conocer la necesidad de calles anchas, y hoy el creciente número de ellos hace parecer estrechas á veces las mas espaciosas.

No creemos necesarias todas las consideraciones aducidas por el autor del artículo á que nos referimos, para que se comprenda desde luego la inmensa ventaja que ofrecería sobre el sistema actual el que vamos á proponer; pero si iremos haciéndolas notar y fijándonos en aquellos inconvenientes de mas bulto que hoy se advierten, y de paso excitaremos muy especialmente la atencion de aquellas capitales que como la de Granada se presten mas inmediatamente á un ensayo por los grandes conductos subterráneos que tienen, como es el cauce del Darro y los de sus darrillos.

Figuremos debajo de cada calle al menos de las mas principales, una gran galería construída con la solidez y dimensiones necesarias, con la inclinacion conveniente para permitir las corrientes de agua, etc., y en fin, con la direccion que un detenido estudio aconsejase, teniendo presentes los mas probables proyectos de alineacion futura en los edificios.

Estas galerías que podrían tener las salidas que fueren indispensables por medio de planos inclinados en unos sitios y por escaleras en otros, tendrían sus ventiladores y lumbreras, aquellas por medio de grandes chimeneas encajadas en los edificios, y estas por medio de enverjados con cristales y alambres en la parte inferior de los mismos edificios, ó bien en el centro de las mismas calles.

A lo largo de estos subterráneos con sus oportunos faroles, se establecerían convenientemente distribuidos los conductores, tubos ó cañerías aislados unos de otros, no solo para que sus reparos fuesen fáciles, sino para evitar el que la saturacion del olor y sabor, bien del gas, bien de la inmundicia, se comunicara á las aguas potables. Los hilos eléctricos y conductos acústicos aislados del mismo modo á lo largo de las paredes, obrarían mejor y estarían menos expuestos y mas asequibles á sus composturas. Las aguas inmundas, tanto de las casas como de las cubetas urinarias públicas, deslizando por las tajeas irían á parar á ciertos depósitos, en los cuales podrían sufrir una gran descomposicion química en su combinacion con las sales y por medio de la filtracion, con lo cual podría aprovecharse su composicion, dejando la parte líquida para el uso á que se prestase y para abonar lo demás, extrayéndolo en carros dispuestos en forma tal que fuese fácil su conduccion por medio de ferro-carriles semejantes á los de las grandes explotaciones mineras.

Por estos mismos carriles y en carros semejantes se haría el transporte de las carnes y todos aquellos objetos que incomodan el aspecto ó comodidad pública conducidos como hoy se hace.

Las aguas llovedizas despues de limpiar las calles exteriores en la forma que mas adelante se dirá, correrían tambien por tubos bastante capaces á mezclarse con las inmundas y surtir un efecto idéntico con el lodo y basura que arrastrarían.

De este modo las calles superiores construídas con solidez y con pavimentos bien de baldosas, madera ó asfalto, no presentarían á cada instante como hoy sucede continuas interrupciones al paso de carruajes y caballerías, á causa de las obras y recomposiciones de conductos y cañerías.

Dándoles el bombeo conveniente y estableciendo á ambos lados como hoy se hace enverjados de alcantarilla, despues de las grandes lluvias, los barrenderos las limpiarían perfectamente sin mas que barrer las aguas en direccion á las vertientes.

Este pensamiento, que parecerá á primera vista disparatado por su coste, dificultad y otras razones, no lo parecerá si se reflexiona y atiende no solo á la gran facilidad que proporciona, como hemos indicado, á los trabajos subterráneos la economía en los mismos, la comodidad para el tránsito, y respecto á solidez no habrá quien dude que podría darse tanta cuanta fuera necesaria.

La gran dificultad para nosotros, y no es grande, es el trazado para la construccion, tanto mas cuanto que no siendo posible, aun en el caso de que se adoptase el pensamiento, plantearlo desde luego en toda su extension, sería necesario pararse mucho en la determinacion de desniveles y direcciones.

Aun en algunos sitios, bajo las plazuelas de pequeñas dimensiones, sería hasta útil y posible establecer mayores planicies, bien aseguradas las techumbres con arcos y columnas, y en ellas talleres para la confeccion de argamasas para las obras que en sus contornos se hiciesen. Teniendo portezuelas en el techo, nada mas fácil que la entrada y salida de trabajadores y materiales por medio de una pequeña máquina ad hoc de las muchas que se conocen.

El proyecto en cuestion bien merece ser estudiado y fijar la atencion de nuestros arquitectos y de todas aquellas personas que mas ó menos directamente puedan influir en la adopcion de una mejora que el tiempo quizá vendrá á hacer indispensable.

Pudiérase muy bien ofrecer un premio al autor del mejor proyecto de construccion, y no faltarían cabezas bien organizadas que á su estudio se dedicaran. Tal vez para estos trabajos pudieran ensayarse tambien nuestras ideas acerca de la aplicacion del ejército á las obras públicas.

— **MEDICINA: — Remedio contra la tisis.** — La propiedad hemostática del tizon de centeno se ha probado diferentes veces sin resultado en la hemoptisis ó espustos de sangre; parece por lo tanto una cosa curiosa el ver esta sustancia recomendada nuevamente en una Memoria que ha merecido la aprobacion de la Academia de medicina de Turin como uno de los remedios mas activos contra la tisis. El doctor Parola, autor de dicha Memoria, asegura que su accion es infalible, sino en curar la enfermedad, al menos para detener los progresos de la inflamacion pulmonar que constantemente acompaña la formacion de los tubérculos. Segun el autor no es un específico para la destruccion de la materia tuberculosa, pero por su accion electiva sobre la membrana mucosa bronquial, como igualmente sobre la circulacion, la respiracion y la sangre, puede dominar ese estado mórbido que aumenta la secrecion de la mucosidad y aun de la materia, disminuye la expectoracion que se hace tambien menos purulenta.

El doctor Parola administra dos gramos de polvo al dia, suspendiendo el tratamiento cada cuatro ó cinco dias por espacio de cuarenta y ocho horas. Cuando el estómago se encuentra demasiado débil se puede administrar, dice, el extracto resinoso en pildoras en lugar del polvo en dosis de 40 á 50 centigramos, ó bien en forma de pocion en una solucion gomosa. Algunas veces puede administrarse tambien mezclado con quinina, dedalera, y hasta con opio. Con este tratamiento el doctor Parola ha curado diez y seis casos, de treinta y uno, de tisis declarada en un período muy adelantado.

— **COLONIZACION: — Notables progresos de las colonias australianas.** — Tomamos del *Daily-News* este interesante artículo:

Hace setenta años que los primeros emigrados ingleses desembarcaron en las playas de Australia. Existen aun en el dia hombres que recuerdan perfectamente que algunas barracas de madera y un centenar ó dos de cabezas de ganado eran los únicos vestigios de vida que se veían en las inmensas soledades meridionales de la orilla del mar en el nuevo y vasto continente. Desde entonces, por espacio de muchos años, Australia para el público inglés significaba Botany Bay, y su idea estaba intimamente enlazada con la nacion de kanguroos, ladrones y cabezas acaloradas; pero ahora, lo que en otro tiempo fuera un establecimiento penitenciario, se convierte rápidamente en un gran pueblo.

En la actualidad aquel pais cuenta cuatro ciudades, capitales de otras tantas provincias, de las cuales Melbourne contiene 100,000 habitantes y Sydney 80,000. Inglaterra con sus instituciones y sus costumbres se traslada á esta Gran Bretaña de los antipodas. Nuestra religion y nuestras leyes, nuestra literatura y nuestro idioma, nuestras diversiones populares, nuestro plan de estudios y nuestro sistema comercial se encuentran reproducidos en una poblacion anglo-sajona de 800,000 almas, y en una tierra que algunos siglos atrás era tan solo conocida teóricamente por los geógrafos y que hace setenta años fué pisada por primera vez por los infatigables aventureros ingleses. Esto solo basta para explicar las verdaderas causas de este sorprendente desarrollo.

Sin embargo, los rápidos progresos que todos admiramos han sido solamente obra de una pequeña parte de estos setenta años. Hace treinta, como nos lo recuerda sir John Pakington, y siendo ministro de las Colonias lord Aberdeen, se negó el permiso que solicitaron algunos emigrantes para ir á establecerse en Port Phillip fundándose «en que las colonias de Australia eran ya bastante considerables.» Veinte años atrás, podía haber añadido sir John Pakington, sin sancion ni auxilio del gobierno, tuvo lugar el establecimiento de la primera colonia, compuesta de unos cuantos ganaderos audaces, en la entonces desconocida region. El año pasado esta provincia contaba con una renta de 4.000,000 de libras esterlinas,

exportó 8.000,000 de libras en géneros y embarcó 100 toneladas de oro.

El meeting celebrado el dia 26 del pasado en conmemoracion del setuagésimo aniversario del establecimiento de la colonia australiana fué interesante en todos conceptos; pero quizá no hubo un accidente enlazado con esta fiesta mas digno de observacion, ora sea como un comentario sobre lo pasado, ora como leccion para lo porvenir, que la inequívoca censura dada por el actual ministro de las Colonias de la Gran Bretaña á la política colonial de sus predecesores.

Como saben nuestros lectores, nuestras colonias australianas disfrutan en la actualidad de un gobierno local enteramente independiente. El gobernador colonial es el único empleado político oficial nombrado por el gobierno de la metrópoli. Cada una de las cuatro provincias en que se halla dividida la Australia elige su legislatura y ejerce una suprema vigilancia sobre el nombramiento de sus ministros, vigilancia que recientemente ha sido ejercida con tal actividad, sobre todo en las dos provincias mas considerables, Nueva Gales del Sur y Victoria, que segun dijo M. Labouchère en el meeting del dia 26 «no abría nunca un despacho del gobernador de Australia á no ser que se encontrase en medio de una crisis ministerial.» En estas dos grandes provincias, especialmente en la de Victoria, ha surgido ahora una importante lucha entre la clase de colonos mas modernos, que desean invertir sus ganancias en tierras, y la aristocracia hacendada y rica que contra la corriente de las circunstancias y los necesarios progresos del desenvolvimiento colonial, en las municipalidades nuevamente constituidas se esfuerzan en conservar aquellos privilegios exclusivos que se les concedieron al principio, cuando la tierra que se ha convertido ahora en una colonia opulenta y productora era meramente un vasto desierto pastoril poblado de algunos centenares de ovejas.

Una disputa de esta naturaleza es indudablemente de la mas vital trascendencia para los intereses de los colonos, y no es probable que la libre energia de la raza anglo-sajona, bajo el ejercicio de una administracion local y popular, se contenga hasta que haya desaparecido lo que en su juicio es un obstáculo que les impide llegar al grado de prosperidad que hoy dia disfrutan los aventureros que se han establecido en las llanuras de Tejas ó en los valles del Mississipi.

Es una gran ventaja para la madre patria que una cuestion de tan alta importancia como esta se haya de solventar en el mismo pais por medio de las libres instituciones que tan sabiamente hemos concedido á sus habitantes. Si esta cuestion hubiese surgido bajo el antiguo sistema de administracion colonial los resultados pudieran haber sido creados grandes dificultades.

Las cacerías de tigres en la India.

Las cacerías de tigres no tienen lugar á caballo como las de otras fieras, por el peligro que correrían los cazadores, sino que se emplean para ella los elefantes, porque el tigre no puede saltar á tanta altura, y se encuentra detenido siempre por los terribles colmillos del animal.

Las guaridas de los tigres se hallan generalmente en las espesuras próximas á las tierras cultivadas, donde pastan los rebaños en las inmediaciones de los caseríos aislados. Por la noche se apoderan de su presa y se meten despues á digerirla en sus guaridas. Entonces son sorprendidos por los cazadores montados, como hemos dicho, en elefantes y armados de dos carabinas que un criado carga continuamente. Cada hombre lleva una provision de tabaco, de galleta, de aguardiente ó de cerveza. El tigre se despierta sobresaltado, salta fuera, y es saludado por una descarga general que á veces basta; pero cuando el animal queda sano y salvo, ó herido nada mas, entonces brinca furioso sobre el primer elefante que se halla á su alcance y que necesita emplear toda su fuerza para resistir al choque. Si el cazador no tiene tiempo para hacerle otra descarga mortal, su posicion es muy crítica, pues colocado sobre el cuello del elefante no tiene para defenderse mas que la lanza férrea y aguda que le sirve para conducir á su montura. Felizmente los cazadores forman una masa compacta, y entre todos acaban pronto con la fiera.

Es una grande calamidad para una aldea el que un tigre mate á un hombre, pues una vez que ha probado la sangre humana su ferocidad no conoce límites, y ya no quiere ningun otro alimento; se esconde en las alturas que dominan los camirós, y se arroja sobre los que pasan.

Cuando hay cerca establecimientos europeos pronto sucumbe el tigre; pero en las aldeas apartadas suele devorar hasta veinte hombres antes de ser cazado. El gobierno inglés ofrece entonces una prima de 50 libras esterlinas por la cabeza del tigre, y en este caso, todos los hombres que pueden llevar un arma salen al campo contra el tigre señalado; cada árbol encierra una guaricion, y casi siempre el animal cae á su paso atravesado por un millar de flechas.

Las comarcas mas favorables para la caza del tigre son los distritos de Goruckpore, en la frontera del Nepal. Sir Roger Martin cuenta que en ese punto hubo una vez un tigre tan feroz y tan ávido de carne humana que habia sembrado el terror en todas las cercanías. Una mañana quiso forzar la puerta de la cabaña de un Taroo; pero este hombre le dió en la cabeza un golpe tan tremendo con su hacha, que se retiró y conservó siempre la cicatriz de esa herida que le hacia reconocer, aumentando el terror que inspiraba. Sir Roger Martin se empeñó en matarle; salió, y mató hasta cuarenta y ocho tigres antes de tropezar con el de la cicatriz, que se defendió intrépidamente, aunque al cabo sucum-

bió á los golpes del esforzado cazador.

Abbye-Singh, rajah de Omorah, uno de los cazadores mas viejos del pais, mató él solo, segun se asegura, mas de 500 tigres, lo que prueba la abundancia de estos animales en el Terac, el Nepol y en Goruckpore. A pesar de los cazadores y de su destreza, nunca habrian logrado limpiar el pais, pero la civilizacion y los desmontes fueron rechazando poco á poco á las fieras hasta el Norte, donde deben ir hoy á buscarlos los aficionados á caza tan peligrosa. E. P.



Una cacería de tigres en la India.

otras la estatua de la santísima Virgen, patrona de los navegantes, con muchos emblemas de todo género, y conducidos por sus oficiales y con la música á la cabeza y las banderas desplegadas, se dirigieron á la iglesia de Santa María la Mayor para asistir á una misa solemne, celebrada tambien presencia del vicealmirante Romain - Desfosés, comandante de la escuadra, que se hallaba acompañado de su estado mayor. Nada faltó á la fiesta.

Distribuido el pan bendito y terminada la ceremonia, las diferentes tripulaciones se diseminaron por las fondas y posadas, segun los recursos respectivos, donde les esperaban comidas organizadas por los comisarios nombrados al efecto. La fiesta se prolongó hasta las altas horas de la noche. Hé aquí la explicacion del enigma:

La fiesta

de

SANTA EPISSOIRE

EN TOLON.

El 6 de febrero á las diez de la mañana, los botes y chalupas de la escuadra de Tolon llevaban á tierra á los gabieros de los diferentes buques.

Sabido es en Tolon y en otras ciudades maritimas lo que esto queria decir, pero santa Epissoire, que no figura en ningun calendario, en ningun martirologio, es una

santa desconocida del resto de la Francia. Es una ironía de los marinos franceses. — De todos modos, el dia que hemos dicho, se formaron por tripulaciones en medio de las cuales se distinguian entre las unas un barco, entre las

Los gabieros, deseosos de celebrar, á ejemplo de los artilleros, la fiesta de una patrona, inventaron santa «Epissoire,» nombre francés del pasador que emplean para hacer las costuras de las jarcias.



Celebracion de la fiesta de Santa Epissoire, en Tolon, por los marinos franceses.